

NUMERO EXTRAORDINARIO

75 cts.

SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

CANCIONERA

POEMA DRAMATICO

CANCIONERA



SERAFIN Y JOAQUIN
ALVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CANCIONERA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS,
EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Estrenado en el teatro de Lara, de Madrid,
el día 4 de noviembre de 1924.

NUMERO EXTRAORDINARIO

LA FARSA
AÑO II ※ 1 DE ENERO DE 1928 ※ NUM. 17
MADRID

CARTA DE LOS AUTORES

Al excelentísimo señor don Francisco Rodríguez Marín, infatigable colector y comentador de los cantos populares españoles.

Amigo y maestro: Antes que la representación escénica deforme o idealice las figuras y figurillas de CANCIONERA; antes que la opinión de doctos e indoctos caiga sobre ellas y las aplauda o las censure, las ensalce o las menosprecie, queremos que usted las conozca, confiados en que de antemano ya las ama, siquiera sea por la intención a que deben el ser. Recíbalas usted en la pureza en que fueron creadas por nosotros. Hace unos meses no eran en nuestro espíritu sino nebulosas, que nos seducían e ilusionaban íntimamente; tenues fantasmas que vagaban entre las nieblas del pensamiento, solicitando vida. Haga Dios que la luz a que se han de ver pronto no las marchite o las abrase.

CANCIONERA, poema dramático en tres actos, pretende ser como una exaltación de la poesía popular andaluza, o dicho en otros términos, como una condensación, en forma dramática, de su más delicado jugo y de su olor más penetrante. Y al nombrar la poesía popular andaluza, dicho se está que no nos referimos tan sólo a sus modalidades gitana y flamenca, sino a toda ella, en su profunda originalidad y en su varia y pintoresca extensión. Que si bien es cierto que recibe y toma reflejos flamencos y gitanos, no lo es menos aquello que tan bellamente dijo su inseparable amigo de usted el *Bachiller Francisco de Osuna:*

Canta en neto andaluz quien guarda bueyes;
quien no sabe a qué sabe manzanilla
que con Juan Breva compartieron reyes;
quien bebe el agua pura en la liarilla;
quien respira aire virgen de los cerros...
no humazo de tabernas de Sevilla.

Como ve usted, ambiciosillo ha sido nuestro intento; pero, ¡qué diablo!, el que no se arriesga no pasa la mar. Aparte de que, es claro, a la ambición hubimos de ponerle un límite, y al vasto horizonte una muralla. ¿Cómo no? ¿Quién aspira a encerrar en una sola obra los infinitos colores y matices, cambiantes y facetas del cancionero popular andaluz?

Del polvo de la tierra
saco yo coplas:
no bien acaba una,
ya tengo otra.

Fuera desmesurada empresa. No lo es tanto, en verdad, atreverse a escribir, por amor y reverencia al cancionero, una obra que sepa y huela a lo que él huele y sabe. Sin embargo, tampoco ha de llevarnos nuestra jactancia a cantar con el dueño de aquel raro jazmín de la linda playera:

A canela y clavo
güele mi jarmín:
er que no güela a clavo y canela,
no sabe estinguí.

Exageraba el enamorado, sin duda alguna. ¿Quién está libre de un catarro, pasajero o crónico?

Sea buena prenda del entusiasmo con que acometimos la sabrosa tarea, nuestra devoción de toda la vida a cuanto es poesía popular. En nuestras obras hay abundantes chispas de ese entusiasmo, que por cierto nos viene de casta. Nuestro padre, que no era literato, fué también gran aficionado de la musa del pueblo, y aun compuso, para desahogo de su corazón, innumerables coplas, algunas de las cuales el pueblo las premió prohijándolas. Es más: nuestros primeros maestros y amigos literarios en la niñez y en la adolescencia, el venerado e insigne Montoto; el infortunado Díaz Martín, que laboró en la sombra; *Micrófilo*, de tan culto ingenio; Rodríguez La Orden, tan modesto y simpático, nos hablaban también con fervor de cantares y más cantares, aplaudiendo y estimulando aquel movimiento *flok-lórico* español, de que fué iniciador y paladín, director y obrero a la vez, el ilustre Machado y Alvarez, padre de poetas.

Así, pues, CANCIONERA tiene hondas raíces, que ya se ve que vienen de lejos. Ideamos su fábula de suerte que, al choque dramático de las personas, vivan y vibren sobre las tablas de la escena las pasiones y los efectos, los

ecos del corazón y del alma, que predominan en la que ha sido clara fuente de nuestra inspiración, y como que le imprimen carácter. Sobresalen, en general, las múltiples manifestaciones del amor, cielo estrellado del cancionero, cuyas luces no pueden contarse—desde la declaración encendida hasta la pasión más allá de la muerte—, y el cariño maternal y el fraterno, y la piedad y la desventura; pájaro éste de alas negras y de vuelo incansable, que lo mismo se detiene en el rosal, que en el almendro, que en el olivo. Ni faltan personajes episódicos, cuya presencia evoca y reproduce otros aspectos, modos y costumbres, no por menos frecuentes en coplas, menos peculiares del pueblo andaluz.

La expresión era natural que la acomodásemos, y así lo hemos hecho, según la índole de cada pasaje, a los moldes ya consagrados por el pueblo mismo en sus imponderables romances y cuartetas (con alguna que otra quintilla entreverada), *soleares*, *solearillas*, alegrías, playeras, seguidillas, etc., etc. Más de una vez, al forjar el diálogo, ha acudido a los puntos de la pluma el cantar ya famoso, como espontáneo brote de aquellos sentimientos, o tal cual verso aislado de alguno de ellos, y allí se les ha dado sitio de honor (1).

Si ese entusiasmo de que ha nacido CANCIONERA pudiese tomarse por garantía de acierto, seguros estaríamos de haber acertado. Pero, ¡ay! que el entusiasmo solo no basta. Deseamos que el acendrado gusto de usted halle dichosa nuestra labor, o que, a lo menos, logre ver cierta compenetración esencial de fondo y de forma entre lo escrito por nosotros y esos cantos populares tan queridos de usted, y a cuyo estudio ha consagrado muchas de las mejores horas de su vida y de las sales de su ingenio. Nos dijo usted en cierta ocasión que, siendo mozo, y habiendo sentido ese furor coleccionista tan propio de los verdes años, y no teniendo a mano dineros que invertir en la compra de cosas de valor material, dió en reunir, guardar y clasificar cantares del pueblo, que adquiría sin el menor gasto y con mayor facilidad que el naturalista caza mariposas y otros insectos de colores. ¡Gran servicio prestó usted con ello a nuestras letras! ¡Monedas de finísimo oro coleccionó! Algunas, vaciadas en perfectos troqueles; otras, informes, como pedacillos del precioso metal extraídos de la rica mina y echados a rodar sin pulimento alguno:

---

(1) En el texto van en letra bastardilla.

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere;
cantando de rama en rama,
Dios manda que viva siempre,

dijo Ruiz Aguilera.

Cantar que va por la vida
parece una mariposa,
que en lugar de flor en flor
revuela de boca en boca,

ha dicho Salvador Rueda a su vez.

El campo tiene sus flores,
y sus estrellas el cielo,
y sus arenas los mares,
y sus cantares el pueblo,

piensa y canta Montoto. ¡Mariposas y pájaros, arenas, estrellas y flores, algo maravilloso que es de todos y no es de nadie! ¡Divina poesía popular! ¡Qué bien habló, como de costumbre, aquel portentoso maestro—manantial que absorbió en sí todas las fuentes del saber—; aquel inagotable don Marcelino, al decir que «la poesía popular, con ser lo más castizo que existe, es al mismo tiempo lo más universal, y no se la puede estudiar a fondo en una región determinada, sin que este estudio difunda nueva luz sobre toda la poesía de la raza y aun sobre toda la poesía del género humano»! ¿Verdad que los poetas cultos, especialmente aquellos que sueñen con que sus coplas lleguen a temblar alguna vez en los fragantes labios de las mozas y mocitas del pueblo, como voz del sentir colectivo, alcanzando así la extraña y exquisita gloria de trocarse en anónimas, deberían ir pensando en levantarle un monumento de homenaje de gratitud y admiración perennes al gran poeta ignorado, a ese oscuro y peregrino cantor nacional, alma de millones de almas, cuyos ecos y latidos, que todos los vientos recogen, repercuten en todas partes y no se pierden nunca?

En fin, querido don Francisco, perdónenos usted las dimensiones de esta carta, y disculpe si con ella le hemos robado mucho tiempo. ¡La necesidad de explayarse es a veces tan indiscreta!...

Lea usted CANCIONERA cuando otros más interesantes quehaceres se lo permitan, y dígale de nuestra parte al ya citado *Bachiller*, que en la noche del estreno, en el teatro de Lara, por la compañía de la singular actriz Lola

Membrives—que tiene dos patrias en que se habla la misma lengua y es apasionada de los cantos populares de entrambas patrias—, dígale al *de Osuna*, repetimos, que aquella noche le encienda doble luz a la patrona de su pueblo.

En Osuna está, señores,
la imagen más peregrina
que pueden pintar pintores
con paper y tinta fina:
¡la Virgen de los Dolores!

Que ya nosotros, por nuestra parte, acudiremos asimismo con doble lamparilla a la de Consolación de Utrera. ¡Todo el aceite es poco para ofrecerle al público de nuestros días, pródigos en extravagancias y alambicamientos, un drama popular andaluz, de sentimientos rudos y simples, y de expresión ingenua y clara; sencillo todo él de la cruz a la fecha!

Saludan a usted agradecidos con gran devoción,

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Madrid, octubre de 1924.

A LOLA MEMBRIVES

musa escénica de este poema, con la noble alegría de haber unido al suyo nuestros nombres en esta inolvidable jornada.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CANCIONERA	Lola Membrives.
CINTA ROMERO	Amparo Astort.
ADELFA................	Carmen Blázquez.
MARICUELA	Juanita Azorín.
FLORITA..............	Esther Silva.
LA GITANA	Guadalupe M. Sampedro.
LA ENFERMERA	Matilde Rodríguez.
DANIEL	Manuel Soto.
MARIANO	Francisco G. Pereda.
ALIFONSO EL SABIO...	Manuel Aragonés.
PABLILLO	Pilar Casteig.
CURRO VIENTO.......	Fernando Montenegro.
MOLINA	José Marco.
LORENZO	Luis García Ortega.
IGNACIO	Enrique Suárez.
JUAN FRANCISCO	José Pidal.

Apuntadores: Fernando de la Torre y Juan P. Romeu.



ACTO PRIMERO

Campiña andaluza. A lo lejos, en el horizonte, las blancas siluetas de dos pueblecillos. A la derecha del actor, en primer término, la cara posterior de una venta, sobre cuya cal negrea un tosco letrero que dice: "Ar regorvé, la entrá a la Venta de Alifonso er Sabio". A la izquierda, también en primer término, se alza un arco rústico de zarzamoras y rosales, que abre el camino al Santuario de la Virgen de la Rosa, venerada en todo el contorno. En medio de la escena, dos escalones circulares dan base a un pilar que sustenta una cruz. El pilar y los escalones, encalados; la cruz, de hierro, pintada de verde. Salidas por distintos términos. Al amparo de la pared de la venta, una mesa de pino y un par de sillas. Es por la mañana, en primavera.

La campiña está sola. La templa el sol y la embalsama el aire, cargado de olores. Por el fondo, hacia la izquierda, aparece luego MARIANO, airoso galán, cuya figura, esbelta y varonil, la realza el traje campero de montar que viste.

MARIANO. *(Deteniéndose a contemplar el sitio.)*

Parma der Mar aquéya;
Los Chinarrales...
¡No me perdió la jaca,
por las señales!
Y ayí la ermita...
y en el artá, la Virgen,
la Morenita.
¡Ay, Virgen de la Rosa,
mucho cuidao
con la que, por quererme,
te han confiao!

Por ella vengo;
que yo, sin estas cosas,
no me entretengo.
Vamos a asegurarnos,
con disimulo,
de que estoy en er sitio
que me carculo.

(Se sienta en una de las sillas y toca las palmas. Por la derecha, como de la ventana, sale FLORITA, *sobrina de* ALIFONSO, *bonita y coqueta si las hay.)*

¡Muera la muerte!
¡Camará, qué amapola!
¡Viva mi suerte!

FLORITA. ¿Yamaba usté?

MARIANO. Yamaba.

FLORITA. ¿Qué se ofresía?

MARIANO. Esta venta, ¿se ha vuerto
confitería?

FLORITA. Según su idea:
se le hase a usté un merengue,
si lo desea.

MARIANO. Prefiero una copita
de vino bueno;
aunque, si tú lo sirves,
será veneno.

FLORITA. *(Sonriéndole.)*
No le tema usté
ar veneno malino
que aquí se le dé.
(Tiene el hombre buen ánge,
despejo y grasia.
¿Es torero, gitano
o aristocrasia?
¡Sea lo que sea,
mi corasón, ar verlo,
se tambalea!)

(Vase, cautivada.)

MARIANO. ¡Vaya una mañanita
que ha amanesío!
¡Cuarquiera no se alegra
de haber nasío!
¡Viva mi suerte!
¡Bien me pintan las cartas!
¡Muera la muerte!

*(*ALIFONSO EL SABIO, *el ventero, acude al olor. A hurtadillas de* MA-

RIANO, *lo observa y luego dice entre sí:)*

ALIFONSO. Alifonso, si es éste
quien tú supones,
sácale con astusia
sus intensiones.
Que no me engaño:
¡he visto mucha tela
der mismo paño!
(Se presenta a él.)
Dios guarde a usté. ¿Le sirven,
buen cabayero?

MARIANO. Me sirve una muchacha
como un lusero.

ALIFONSO. Mi sobriniya.
Es la fló de la venta
la sagaliya.

MARIANO. ¿Tiene novio?

ALIFONSO. Así, a burto,
cuatro dosenas.
Mientras vengan en ristras
no me dan penas.
Lo malo será
que uno solo se adueñe
de su palomá.
(Vuelve FLORITA *con un vaso de vino blanco, que le sirve al mozo.)*

FLORITA. Grasia de Dios le traigo.

MARIANO. ¡Bendita sea!

FLORITA. ¿Le agrada?

MARIANO. Sólo olerlo
ya me marea.
(Apura el vaso.)
Me bebo er vino...
y te miro en er fondo.
¡Qué desatino!
Tráeme pronto otro gorpe.

FLORITA. ¡Pos ya lo creo!
(Vase de nuevo muy risueña, contoneándose.)

MARIANO. *(A* ALIFONSO.*)*
¿Sabe usté que la niña
vale er paseo?

ALIFONSO. ¡Mier de la venta!

MARIANO. ¡Miel y canela y clavo,
sal y pimienta!
¿Qué tendrán las mujeres,
que son presiosas,

lo mismo serenitas,
que revortosas;
artas, pequeñas,
morenas, pelirrojas,
rubias, trigueñas?...
¿Qué tendrán las mujeres?...

ALIFONSO. Vaya, mi amigo,
si es que usté no lo sabe,
yo se lo digo.

MARIANO. ¿No he de saberlo?
¡Si yo vine a este mundo
por aprenderlo!
¡Si a la misma niñera
que me mesía
le dije una mañana
que la quería!

ALIFONSO. *(Riéndose.)*
Y eya, ¿qué dijo?

MARIANO. «¡Aguárdate unos años,
que crezcas, hijo!»

ALIFONSO. Las mujeres, de mosas,
son fló y espuma,
pero, ar corré der tiempo,
tos y *reúma*.
Miste la mía:
yo le yamo de broma
mi purmonía.

(Sale FLORITA, *le sirve otro vaso de vino a* MARIANO, *y a una seña disimulada del tío, se retira.)*

FLORITA. Ahí va er segundo trago.

MARIANO. Venga, sagala.
No hay pájaro que vuele
con sólo un ala.

FLORITA. Eso es muy verdá.
Cuando quiera la cola.
ya me yamará.
(Vase.)

ALIFONSO. ¿Es uste forastero?

MARIANO. Yo, amigo mío,
soy un pájaro loco
que se ha perdío.

ALIFONSO. ¿Sí? Pos ¡cuidao!
que hay arguna escopeta
por er vedao.

MARIANO. No me asustó ninguna
desde que vuelo:





Lola Membrives, la genial actriz argentina, musa escénica de CANCIONERA, como la han llamado sus ilustres autores.

del álamo más arto
bajo ar majuelo.
Volando vivo:
tanto me da una ensina
como un olivo

ALIFONSO. *(Con intención, señalándole hacia la izquierda.)*
Pos no entre usté en la huerta
de ese hortelano...
hermano de su hermana:
¡novio y hermano!

MARIANO. ¿Cómo se entiende?

ALIFONSO. ¡Porque parese er novio
si la defiende!

MARIANO. Y usté ¿por qué me habla
de ese buen hombre?

ALIFONSO. *(Confidencialmente.)*
¡Er *Sabio* me pusieron
de sobrenombre!

MARIANO. *(Aprovechando la confidencia y confiándose a él.)*
¡Venga esa mano!

ALIFONSO. Usté es la pesadiya
del hortelano.
La quitó de Seviya,
de sus tayeres...

MARIANO. Pero yo huelo er rastro
de las mujeres,
y esta mañana
he dao ya con la cueva
de mi gitana.
¡Soledá!

ALIFONSO. Cansionera
por estos lares;
porque sacó su abuelo
muchos cantares.

MARIANO. ¡Yo le cantaré
más que nadie en er mundo.
y me ha de queré!

ALIFONSO. ¡Pobre señó Frasquito!
¡Qué buen herrero!
Fué famosa la fragua
der *Cansionero*:
mientras le daba
ar yunque y ar martiyo,
coplas sacaba.

MARIANO. Pos la nieta, en Seviya,
bordaba mantos...

pero ¡es mucha persona
pa vestí santos!
Sobran miyares
de mujeres que cuiden
de los artares.
Esta es de otro abolengo;
de otra ralea:
¡cuanto miran sus ojos
se colorea!
Si Andalusía
no tuviese más hembra,
¡reina sería!
Cuando atraviesa er Puente,
se aclara er río:
¡espejo que reclama
su señorío!
Cuando va andando
¡campaniyas asules
van repicando!
¿Quién vive ahí en la ermita?

ALIFONSO. Bien poca gente:
er santero y er cura
tan solamente.
Y ayá en la huerta,
Cansionera... y er perro,
siempre ojo alerta.

MARIANO. ¿Nadie más?

ALIFONSO. ¡Un comino!

MARIANO. ¿Qué?

ALIFONSO. Una chiquiya
que eya trajo hase poco
de Sanluquiya.
Y a su cuidao
la tiene, por lo sola
que se ha quedao.

MARIANO. Pos véngase usté ahí dentro;
que en un cuartito
hemos de hablá der caso
muy de quedito.

ALIFONSO. Como usté quiera:
yo lo mismo le sirvo
dentro que fuera.

MARIANO. *(Gritando hacia la izquierda.)*
¡Niño, cuida la jaca!
¡Vuervo en seguía!

ALIFONSO. (¡Ya está aquí la tormenta
que se temía!

Como es mi debé
desírselo al hermano,
yo se lo diré.)

(FLORITA *aparece de nuevo con un cantarillo a la cintura.)*

FLORITA. Voy a la fuente, tito.

ALIFONSO. ¿Vuerta a la fuente?
No tardes, por si acaso
yegara gente.

FLORITA. Poco he de tardá:
en cuanto yene er cántaro
me verá usté entrá.

MARIANO. *(Contemplándola.)*
¡Ay, quién fuera esa luna
del agua clara
en que vas a mirarte,
niña, la cara!
(A ALIFONSO.)
¡Vamos adentro!
¡La que adoro se borra
con la que encuentro!
(Ríe el ventero y desaparecen por la derecha los dos.)

FLORITA *(Viendo ir a* MARIANO.*)*
¡Jesús, y qué piropo,
qué gayardía,
qué modales, qué grasia,
qué simpatía!
¡Ay, mi corasón!
¡Ese hombre va a sé causa
de mi perdisión!
(Emprende su marcha hacia la izquierda. donde se supone la fuente. Su cabecita de canario va llena de imágenes rosadas.)

(Por la derecha llega entonces CINTA ROMERO, *limpia y diligente viejecita. Viene de mantoncillo negro, y trae un canastito y un cubo con avíos de limpieza. Se sienta cansada al pie de la cruz y deja en el suelo lo que trae.)*

CINTA. *(Reparando en* FLORITA.)
¡Anda, que presumes más
que una perra con corbata!
La que sale presumía
se mira hasta en las tinajas.

¡Ay, Señó, pícaros años!
Er tiempo ¡cómo los cambia!
De mosa van en er pecho,
y de vieja, en las espardas.

(Sale por el arco de la izquierda MARICUELA, *la chiquilla de quien habló* ALIFONSO, *buscando una rosa.)*

MARICUELA. La más bonita de toas
la vi a cortá de la rama
y ze la yevo a mi reina
pa que en zu pelo se abra.
Esta que está aquí es precioza.

CINTA. ¿Qué hases, chiquiya?

MARICUELA. Buscaba
una fló, la más bonita,
pa yevárzela a mi ama.

CINTA. Eya, ¿está ayá dentro?

MARICUELA. Zí.

CINTA. Yégate y dile que sarga.

MARICUELA. ¿De parte de quién?

CINTA. De Sinta.
¿No me conoses, muchacha?

MARICUELA. Zu perzona la conozco;
la he visto una vez en Parma.
Pero aquí nunca la he visto.
¡Como yevo una zemana
na máz en la ermita!

CINTA. Bueno,
pos yo soy de confiansa.
Los dos hermanos me miman,
me socorren y me amparan.
A Danié yo le he cantao
las cansiones de la nana;
y eya, que tanto lo quiere,
ar mirá como ér me trata,
se piensa ante mí que ha visto
a una prinsesa de España.

MARICUELA. ¿Zí, verdá?

CINTA. Tú has de apresiarlo,
floresita de la jara.
Soy Sinta, la pobre vieja
que vive de lo que apaña
cuidando las sepurturas
de estos pueblesitos.

MARICUELA. *(Con admiración.)*
¡Anda!

CINTA. Friego piedras, limpio cruses,
pongo flores, quito sarsas,

y los que tienen, me ayudan
a í tirando de mi carga,
porque saben que a sus muertos
conmigo nada les farta:
ni luz en las lampariyas,
ni en las flores tierra y agua.
Y en los sementerios vivo;
que también los de mi casa
se mudaron a aquer campo,
y ayí durmiendo me aguardan.

(Exaltándose, y como iluminada de improviso.)

Er Papa manda en la Iglesia;
en la cabaña, er pastó;
er rey manda en su palasio,
y en la siensia, Salomón;
¡pero hay una Casa grande
en que sólo manda Dios!
¡Casa grande, Casa grande,
cuando se pasa tu puerta
todos se vuerven iguales,
y la misma capa cubre
ar sordado que ar mainate!

MARICUELA. ¡Ay, qué *verzo!*

CINTA. ¡Yo los saco!

MARICUELA. ¿Usté?

CINTA. Yo.

MARICUELA. ¿Que usté los zaca?
¿De zu cabeza?

CINTA. ¡Pos digo!
¡Discurren mucho las canas!
Enterraron la otra tarde
—¡aqueyo sí que fué lástima!—
a una mosita—¡ay qué perla!—
rubita como una yama;
y yo, que estaba presente,
como si Dios me ditara,
me hinqué a la verita suya
y le saqué estas palabras:
¡Pobre rosita de oló,
arrancadá der rosá:
gran desconsuelo y doló
para tu amante será!
¡Adiós, estreya bonita,
palomita,
más blanquita
que la nieve de la sierra!

¡Qué lástima de carita,
que se la coma la tierra!
Y por estas y otras cosas
tos me buscan y me halagan,
y ayá va Sinta Romero
dondequiera que la yaman.
¡Ay, cómo me acuerdo, niña,
de una copla que imperaba
cuando esta vieja pachucha
era una manolia blanca!
Toíto lo consume er tiempo;
con la muerte to se acaba;
se acabó nuestro queré,
lo que yo nunca pensara.

(Viene por la izquierda DANIEL, *como de trabajar en la huerta, en mangas de camisa, y a' hombro un azadón.)*

DANIEL. ¡Maricuela!
MARICUELA. ¿Qué ze ofrece?
DANIEL. Que me pregunta mi hermana
si es que te has ido a tu pueblo
por la rosa que buscabas.
MARICUELA. ¡Es verdá! ¡Ze me ha pazao!
Místela aquí.
CINTA. Con mi charla
se entretuvo.
DANIEL. Se entretiene
con un sigarrón que sarta.
MARICUELA. Y ezo, ¿es malo?
DANIEL. Corre adentro.
que eya te lo diga. Arsa.
(MARICUELA *mira a* CINTA, *lo mira a él, y se va luego mirando la rosa.)*
MARICUELA. ¡Poco que vas tú a lucirte
prendía en aqueya mata!
CINTA. ¡Pobresiya Maricuela!
DANIEL. ¡Huerfanita ya!
CINTA. ¡Bien haya,
si ustedes la han recogío,
y le dan lo que le farta!
(Pausa. Cerciórase DANIEL *de que nadie los oye, y se dirige a* CINTA *con interés.)*
DANIEL. ¿Qué me dise usté de bueno?
¿Ha hablao usté con eya?
CINTA. No.
Cabarmente ahora venía
en busca de la ocasión.

Estas cosas hay que haserlas
con la cautela mayó;
que no vea la persona
la trampa ni la intensión.

DANIEL. Yo estoy que no duermo, Sinta.

CINTA. ¡Pos no es pa tanto, señó!

DANIEL. ¿Que no es pa tanto?

CINTA. Te siega
ese cariño de amor
que le tienes a tu hermana:
¡si no es cariño, es pasión!
¡Si hablas como enamorao!
¡Si hasta te baja er coló!

DANIEL. ¡Verdá que sí! Es un cariño
que sale de la rasón.
Sinta, más no la querría
puesta en el artá mayó.
Desde chiquita en la cuna
le tengo venerasión.
Me embeleso de mirarla;
me paro si oigo su voz;
si echa a andá, sigo sus pasos:
somos como sombra y sol.
Si arguien le habla, yo reselo
de que sea argún ladrón;
y si está sola, la idea
que eya guarda es mi temó.
Cuando duerme por la noche,
solita en su habitasión,
y yo me yego a la puerta,
y la miro ar resplandó
de la luz que pone ar Cristo
de su mayor devosión,
con susto de que esté muerta
me arrimo a su alrededó,
hasta que en mi misma cara
siento su respirasión.
Pero, ¡ay! que tampoco entonses
me tranquiliso der to,
porque acaso una sonrisa
asoma a su boca en flor,
y pienso que está soñando
con mi martirio mayó,
y me aparto de su vera
y le pregunto a mi Dios:
¿qué ocurta su cabesita?
¿Qué esconde su corasón?

CINTA. ¡Para ya er macho, chiquiyo,
que has yegao ar paradó,
o vas a vorverte loco
con tanta cavilasión!

DANIEL. Que no cavilo por gusto
lo sabe usté como yo:
no quiero que a mí me coja
un daño suyo a traisión,
como ar que mira la piedra
después que ya tropesó.
Por limpiarle su camino,
doy en la ponderasión,
pa que no le pase a eya
lo que a tantas les pasó.
La he quitao de Seviya;
la he traío a este rincón,
porque mis padres, los pobres,
están ya viejos los dos
pa cuidá de ese tesoro
que der sielo les cayó,
y quiero que mi custodia
le depare lo mejó.

CINTA. Y así será.

DANIEL. Dios lo haga.

CINTA. ¡Claro que ha de haserlo Dios!
No hay que temé tanto ar lobo
si está al asecho er pastó.

DANIEL. Y yo no le temería,
a tené penetrasión
pa conosé si la oveja
se espanta der lobo o no.

CINTA. Pos mi esperiensia y mis años,
que ya entienden la lesión,
meterán en tus tinieblas
la yamita de un faró;
y eso que los sabios disen
que en los secretos de amor
es er pecho de una mosa
arquita que nadie abrió.

DANIEL. ¿Ve usté? Con esas palabras
me da usté a mí la rasón.
No sé qué presentimientos
me acometen, ni qué voz
me da gritos que me avisan
que me ronda una traisión.
¡Pensá yo que a Cansionera
me la engañe un malhechó

de esos que cogen las flores
pa emborracharse en su oló,
y las tiran sin mirarlas
ni tenerles compasión!...

CINTA. Y ¿es así er que la persigue?

DANIEL. ¡De esa laya!

CINTA. ¡Qué doló!

DANIEL. Señorito jaranero,
entre flamenco y matón,
que tira por las tabernas
er dinero que heredó.
¡Ese es quien quiere robármela;
ése es quien la envenenó;
ése es quien crispa mis puños
y asusa mi corasón!
¡Er perro de este hortelano
no es un perro ladradó,
pero en tocando a su huerta,
tiene arranques de león!

CINTA. ¡Basta, niño! ¡Basta y sobra!
Este cuento se acabó.
Con verte y con escucharte
me yenas de tu terró.
A la Virgen de la Rosa
vi a pedirle *aspirasión,*
y eya sabrá iluminarme,
que siempre me iluminó.
Y tú vete descuidao,
y fatiga el asadón,
que er trabajo, a toítas horas
los pesares alivió.
Hasta luego.

DANIEL. Dios la guarde.

CINTA. ¡Echale agua a ese fogón!
(Coge su cubo y su canastito y se va por el arco de la izquierda.)

DANIEL. *(Pensativo.)*
Las mujeres saben mucho,
y Sinta, más bien que yo,
descubrirá, si es posible,
lo que me da desasón.

(Torna de la fuente FLORITA. *La sigue* PABLILLO, *chiquichanca de un cortijo próximo, que le lleva el cántaro.)*

FLORITA. Hola, Danié; buenos días.

DANIEL. *(Yéndose a su trabajo, distraído.)*
Buenos días nos dé Dios.

FLORITA. Estos hombres malencólicos
¡tienen pa mí una atrasión...!

PABLILLO. ¡Qué gracia!

FLORITA. ¿De qué te ríes?

PABLILLO. ¡De na! ¡De contento! ¡Yo
me estoy riyendo a toaz horas!

FLORITA. ¡Pos es una bendisión!
Anda y vuerca en la tinaja
er cántaro, reidó.

PABLILLO. ¡Qué riza! *(Se va hacia la venta.)*

FLORITA. Este sagaliyo,
pa mi gusto, está de non.
¡Tiene una grasia campera,
unos dientes y un coló!...
Con rasón dise mi tito
que en mirando un pantalón
pierde Florita la poca
firmesa que Dios le dió.

(Vase tras de PABLILLO, *convencida de esta gran verdad.)*

(A poco, por la izquierda, vuelve MARICUELA, *totalmente ajena en su infantilismo a las asechanzas y redes del amor.)*

MARICUELA. Voy a la venta,
que me hace farta zal y pimienta.

(A mitad de camino se encuentra con PABLILLO, *que reaparece inopinadamente. Los dos se detienen al verse, y se miran sorprendidos y como embobados. Ella llega a punto del rubor. Al cabo rompe a hablar.)*

¿Qué miras tanto?

PABLILLO. Miro tu cara, que me ha gustao.

MARICUELA. No te conozco.

PABLILLO. ¿No me conoces? Yo a ti tampoco.

MARICUELA. Paro en la ermita;
pero he venío de Zanluquiya.

PABLILLO. ¿Cómo te yamas?

MARICUELA. Yo, Maricuela Zánchez Triana.
¿Quién eres tú?

PABLILLO. Er chiquichanca de ahí de *La Luz;*
eze cortijo
de la familia de don Juan Pinto.
Me yamo Pablo.

MARICUELA. ¿Y el apeyío?

PABLILLO. Ze me ha orvidao.

Pero me dicen
en er cortijo *Zaca=lombrices.*
¿Adónde vas?

MARICUELA. Voy a la venta por azafrán.
¿Y tú?

PABLILLO. Por agua.
Mira ayí er burro der chiquichanca.
¿Tú no vás nunca?

MARICUELA. Cuando me manda que vaya er cura.

PABLILLO. Yo no te he visto.
¡Pero mañana ya andaré listo!
¡Verás tú!

MARICUELA. ¡Caya!

PABLILLO. ¿Por qué cayarme, zi me ha hecho gracia?

(Por la izquierda también sale en este momento CANCIONERA, *sorprendiendo el idilio.)*

CANCIONERA. ¿Qué hases, chiquiya?

MARICUELA. *(Ruborizándose y contagiando de su rubor al galán, que se asusta ligeramente.)*
¡Na!... Iba a la venta... y éste zalía...

CANCIONERA. Y éste, ¿quién es?

PABLILLO. *Zaca=lombrices*, pa zerví a ustê.

MARICUELA. ¡Yo estaba zola!

(Sigue su camino, como si acabara de cometer un crimen. Pablillo sigue el suyo poco más o menos como ella.)

CANCIONERA. *(Riendo de la huída y del azoramiento de los chiquillos.)*

¡Los dos se han puesto como amapolas!
Y ¿quién sabrá
si se habrán visto pa siempre ya?

(El idilio de MARICUELA *y* PABLILLO *despierta en el corazón de nuestra heroína sentimientos de amor, de alegría y de esperanza. Su belleza, señoril en lo popular, parece iluminarse de súbito.)*

A dondequiera que miro
una mariposa veo,
y se me escapa un suspiro
y me acomete un deseo.
Mariposa, mariposa,
suspirito de ilusión,
ven y párate en la rosa
que yevo en er corasón.

¡Ay! un suspiro—en su reja
yorando cantaba un preso—
es un beso que se queja
de no encontrar a otro beso.
Suspiro, suspiro mío,
no quisiera dicha más
que cuando de mí te vas
hayarme donde te envío.

(Sale de nuevo CINTA, *por donde se marchó, pero sin mantón y sin sus trastos de limpieza.)*

CINTA. Te buscaba, Cansionera.
CANCIONERA. Pos aquí me tiene usté.
CINTA. ¡Qué cara de primavera!
CANCIONERA. ¿Qué cara voy a tené?
CINTA. ¡Siempre la risa en tu boca!
CANCIONERA. Argunas veses me farta.
CINTA. Sí, pero es agua en la roca:
se da un gorpesito, y sarta.
CANCIONERA. ¡Y bendito sea er Señó,
que nunca me la ha negao,
cuando se la pido yo
o cuando arguien la ha buscao!
CINTA. Es verdá. Y Er te la dé
mientras la vida te dure.
Aunque yo no lo veré,
que na en er mundo te apure.
Pero, carita de luz,
camina con cuidaíto,
que hay quien no teniendo cruz
se la hase con un palito.
CANCIONERA. Y ¿quién rige la fortuna,
que no para de rodá?
La cruz que le toque a una,
se la dieron hecha ya.
¡Desde er mesé de la cuna!
Esto yo siempre lo he dicho:
nadie en la vida padese
por gusto ni por capricho:
Dios lo dita, y prevalese.
¿De qué le vale al arroyo
—si fuera su voluntá—
pararse en piedra ni en hoyo,
si tiene un camino ya?
CINTA. ¡Ay, Soledá! ¡Se me ocurre
que eso que vas hirvanando,
solamente lo discurre
la persona que está amando!

CANCIONERA. Y a mí se me ocurre, abuela,
que le pegó sus temores
quien está siego y me sela
y sueña con mis amores.

CINTA. ¡Mal haya la erisipela!

CANCIONERA. Nadie manda, nadie elige;
lo que se empiesa, se acaba...
¿Qué importa un «¡Ya te lo dije!»
ar que entre sí lo esperaba?
Si arguna espina me hiere,
dejo a la sangre brotá:
lo que de Dios estuviere
a la mano se vendrá.
¿Quién guía ningún cariño,
ni cuando nase, ni luego?
¿Quién le dió flechas a un niño
que está loco y que está siego?
Er cariño es lusesita
que en el aire ensiende Dios,
y es la seña o es la sita
que de lejos se dan dos.
Y desde ese punto, ya
no piensan sino en buscarse,
ni tienen más voluntá
que asercarse y asercarse
a donde la luz está.
Y van los dos hasia eya
en la noche y en er día,
y es er faro o es la estreya
que a sus corasones guía.
Y andan y andan sin sedé,
y la luz se va asercando,
y ya la yegan a vé
entre los dos relumbrando,
y la quieren apagá
cuando en las caras les toca,
y la apagan... ar juntá
una boca y otra boca.
¡Ya está la sita lográ!

CINTA. ¡Ay, niña, esas son locuras
con que er demonio te engaña!
Cuando te quedas a oscuras,
¿cómo ves quién te acompaña?

CANCIONERA. ¡Antes de lejos lo vi,
y por eso lo miré,
y por eso vino a mí,
y por eso lo besé!

Sobre que esa oscuridá
que ha nasío de ese encuentro,
yeva en sí una claridá;
claridá que va por dentro,
por dentro de cada cuá.
La caverna más oscura
donde suene un «¡Vida mía!»
se cambia en una yanura
relumbrante y floresía.

CINTA. Pos, oye, pensando así,
si una montaña es un yano
y un agujero un pensí...
¡Dios te tenga de su mano!

CANCIONERA. ¡Y no hay más leyes pa mí!
(Viene de la huerta DANIEL, *risueño el semblante, chaqueta al hombro y sombrero en mano.)*

DANIEL. Cansionera.

CANCIONERA. ¿Qué hay, Danié?

DANIEL. Voy a la huerta vesina
por los trastos que dejé.
¿Quiéres argo, claveyina?

CANCIONERA. Que vuervas pronto, clavé.

CINTA. ¡Vaya un lenguaje florío!
¡Vaya ternura y finesa!
¡Espérate, que he sentío
er talento en la cabesa!
(Y en la actitud que ya le conocemos, exclama en seguida, con regocijo de CANCIONERA *y de* DANIEL:)
Más de muchos miles
novios y casaos
quisieran yevarse
como estos hermanos.
Se disen requiebros,
se regalan ramos,
hasen comiditas,
nunca han peleao.
Luna, lunera,
dale tus rayos a Cansionera.
Amanesé,
saca tus luses para Danié.
Yo nada quiero.
Su servidora, Sinta Romero.
(Vase victoriosa hacia la ermita. Los héroes ríen complacidos.)

CANCIONERA. ¡Qué grasia tiene la vieja!

DANIEL. Tiene grasia de verdá;

y es prudente, y aconseja,
y se la debe escuchá.
Porque asierta con asiertos
de persona resabía.
Quisá er trato de los muertos
da tanta sabiduría.
(Se miran como interrogándose. Luego dice él:)
Queda con Dios, sol de oro.

CANCIONERA. Er te siga, sielo claro.

DANIEL. Aquí dejo mi tesoro.

CANCIONERA. Vaya tranquilo el avaro.

(DANIEL *se aleja por el fondo, hacia la derecha, volviendo la cara alguna vez. Ella lo ve irse. Luego, sentada en la cruz, resume así sus sentimientos:)*

Virgen mía de la Rosa,
madre de Dios soberano,
bonita, que eres presiosa,
¡no me dejes hasé cosa
que le dé pena a ese hermano!
(Quédase abstraída.)

(MARIANO, *como si hubiese estado aguardando el instante oportuno, se presenta a ella, desconcertándola, después de haber visto desaparecer a* DANIEL *por el fondo.)*

MARIANO. ¡Soledá!

CANCIONERA. *(Estremecida.)* ¿Quién?

MARIANO. *(Sonriéndole.)* ¡Cansionera!

CANCIONERA. *(Con sobresalto.)*
¡Jesús! ¡Ay, Virgen María!

MARIANO. ¿Ha visto usté arguna fiera?
Ya es hora de que los dos
hablemos ar fin solitos,
en paz y en grasia de Dios.

CANCIONERA. ¡En paz!...

MARIANO. ¿Por qué no ha de sé?

CANCIONERA. Porque la paz no se haya
buscándola como usté.

MARIANO. ¡Pos yo no vengo de guerra!

CANCIONERA. ¡Pos na más que de mirarlo
me está temblando la tierra!

MARIANO. ¿La tierra?

CANCIONERA. ¡Sí!

MARIANO. ¡No lo noto!

Pero siga usté mirándome...
¡y ole por er terremoto!

CANCIONERA. ¿Quién lo ha guiao hasta aquí?
¿Quién le ha enseñao mi escondite?
¿Quién le ha mandao vení?

MARIANO. Guiarme, mi inclinasión;
mandarme, mi pensamiento;
hayarla, mi corasón.
Dejé a mi jaca trotá...
y como si me entendiera,
salió corriendo pa acá.
Campesinas y pastores
echaban coplas al aire,
ponderando sus amores.
La campana de la ermita
me yamaba, ¡me yamaba
con una voz tan bonita!
Se paraban en las lomas,
y a mi paso, revolaban
pa este sitio las palomas.
Y hasta el aire que soplaba,
las espigas y las flores
con este rumbo inclinaba.
Diga usté quién no seguía
vereda que así la suerte
delante de mí ponía.
Ni un istante vasilé:
mi estreya me encaminaba.
¡Cómo no me equivoqué!
La jaquiya, sudorosa,
quiso beber en la fuente
de la Virgen de la Rosa;
la dejé mientras bebía,
me yamó la cruz aquí...
¡y di con lo que quería!
Lo que cuento y lo que digo
es la verdá, Cansionera,
y a Dios pongo por testigo.
¿Ha de habé cosa mardita
en lo que viene a lograrse
ar pie de una cruz bendita?

CANCIONERA. ¿Pa qué conosí a este hombre,
y pa qué se me quedó
en la memoria su nombre?

MARIANO. ¿Pa qué tenía de sé?
¡Pa que a ninguno quisieras
como a mí me has de queré!

Una escena de CANCIONERA



CANCIONERA. *(Emocionada; temblorosa.)*
¿Es posible, Virgen mía?
¡Lo que yo más deseaba...
y lo que yo más temía!

MARIANO. ¿Qué estás disiendo, morena?

CANCIONERA. ¡La verdá te estoy disiendo:
tú eres mi dicha y mi pena!
Porque este cariño tuyo
es pa mí de condisión
que lo yamo y que le huyo.

MARIANO. ¿Por qué?

CANCIONERA. ¡Por qué!... Yo quisiera
contestarte a esa pregunta,
si contestarte supiera.
¿Qué me distes aquer día
que nos hayamos en medio
de una caye sin salía?
¿Por qué, desde que te vi,
ni durmiendo ni despierta
puedo pensá más que en ti?
¿Por qué te vas de mi lao...
y soy yo la que se va,
y eres tú quien se ha quedao?
¿Por qué, si yo he de quererte,
me da miedo tu cariño
y me alegro de mi suerte?
¿Por qué ley, por qué rasón
se asusta mi pensamiento
y canta mi corasón?
¿Por qué rasón, por qué ley
te temo como a un verdugo,
si eres mi Dios y mi rey?
¿Por qué estoy pisando abrojos
que huelen como jazmines?
¿Por qué se nublan mis ojos?
¿Por qué tiemblo, si me arruyas?
¿Por qué te buscan mis manos
y se apartan de las tuyas?
¿Por qué a quien mejor me quiere
tu nombre como un cuchiyo
en las entrañas le hiere?
¿Por qué?... ¡Por qué!... ¡Qué se yo!
¡Sólo sé que tú me has dao
lo que ninguno me dió...
y casi no me has hablao!

MARIANO. ¡Cansionera, no me yores,
que yorando me pareses
la Virgen de los Dolores!

¡Que no me teman tus manos,
como si fueran las mías
gavilanes o milanos!
¡A favó de la corriente
va nuestra barca velera!
¡Que nos miren desde er Puente!
¡Y que la envidia nos siga!
¡En queriéndonos tú y yo,
deja que la gente diga!
Tu preso y tu esclavo soy:
dame tú la libertá;
¡verás como no me voy!
¡Carselera, carselera,
la que no quiere mirarme
y me mira aunque no quiera!
¡Echame los eslabones,
y muera yo condenao
ar fuego de tus carbones!
Carbones que ya son míos:
y ¡qué negros en los ojos!
y en los labios ¡qué ensendíos!

CANCIONERA. ¿Me querrás mientras yo viva?

MARIANO. ¡Te querré mientras respire!
¡Míralo escrito ayí arriba!

CANCIONERA. ¡Pos siéntate aquí conmigo,
y si es gloria, sea mi gloria,
y si es castigo, castigo
que deje ar mundo memoria!
(Se sientan enamorados en la cruz. CINTA ROMERO *vuelve a salir entonces por la izquierda, con unas florecillas en la mano. Al verlos se hace cruces y los contempla con estupor. Mientras tanto, ellos dicen:)*

MARIANO. ¡Muera quien mar pago dé!
¡Yore quien a nadie quiera!
¡Viva quien sepa queré!

CANCIONERA. ¡Juntas tu cara y la mía!
¿Qué podrá pasarme ya
que me robe esta alegría?

CINTA. *(Alejándose.)*
¡To se acaba con la muerte;
pero mientras no se acaba,
que Dios guarde nuestra suerte!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El mismo lugar del acto primero. Han pasado más de dos años por él.

ALIFONSO EL SABIO templa amorosamente una vieja guitarra. Luego dice:

LIFONSO. ¡Ay, consuelo de mis años,
compañera, compañera:
tú destemplá, yo te tiemplo;
yo destemplao, tú me tiemplas!
¡Vivan mis manos! Te he puesto
como una mosita, abuela.
Suenas iguá que sonabas
hase medio siglo, prenda.
¡Quién pudiera hasé lo mismo
con los hombres y las hembras,
según el andá der tiempo
les va quitando las fuersas:
apretarles las clavijas,
asegurarles las cuerdas,
y dejarlos tan boyantes
como está la gente nueva!
¡Pusiera yo a mi mujé
como junco de ribera,
y yo mismo me pondría
como er palo de una vela!
¡Mar fin tengan *la reúma*,
los dolores de cabesa,
y la siática, y la bilis,
y los dientes, y las muelas!
(Viene FLORITA *de la venta como si también acabasen de templarla.)*

FLORITA. Oiga usté, tito.

ALIFONSO. ¿Qué quieres,
manojito de mosquetas?

FLORITA. Haserle a usté una pregunta.

ALIFONSO. A vé si tiene respuesta.

FLORITA. La mujé que está con Curro
merendando en la asotea,
¿es quisá, quisá...?

ALIFONSO. La misma.

FLORITA. ¿Sabe usté quién digo?

ALIFONSO. ¡Esa!

FLORITA. ¿La que...?

ALIFONSO. ¡Tate!

FLORITA. ¿La que...?

ALIFONSO. ¡Justo!
¡No se han menesté más señas!
La misma que viste y carsa;
la propia que tú te piensas;
la daifa que le ha robao
el amante a Cansionera.

FLORITA. Y ¿a qué viene?

ALIFONSO. Cuando sargan,
te lo dirán las estreyas;
yo, por mí, sólo te digo
que a ninguna cosa buena.

FLORITA. Pos ya ¿qué más quiere?

ALIFONSO. Niña,
en ese má no busea
ni Colón, que puso un güevo
cuando descubrió la América.
Las intensiones de un gato
tiene la *gachí* en las venas,
y Dios, además, le echó
poco cardo en la sopera.
Bruta y mala, tú comprende
que cuando aquí se presenta
después de to lo pasao,
no ha de vení en son de fiesta.
Y ¡es mesté vé quién la trae!
¡Curro Viento! ¡Na! Un *boqueras*
que hase a pelo y hase a pluma
por ganarse dos pesetas.
En donde un arroz se guisa
o una guitarriya suena,
sin que nadie le dé er soplo,
Curro Viento se presenta.

FLORITA. ¡Pobresiya Soledá!

¡Qué suerte tuvo más negra
ar topá con aquel hombre,
tan guapo y tan sinvergüensa!

ALIFONSO. Pos aprende tú der caso
y sírvate de esperiencia.
La que fíe de palabras
luego yorará de pena.
«Que te quiero más que a nadie,
que tu sombra no me deja,
que no duermo por las noches,
que si paso por tu vera
y me rosa tu vestío
hasta los huesos me tiemblan...»
y después, mira er remate:
to ese castiyo es de arena,
y si te vi, no me acuerdo,
y adiós, mujé, que ahí te queas:
un niño sin padre en brasos
y una muchacha en vergüensa.
Hereda tú la dotrina
de tu tita, mi camelia,
que se casó con tu tito
porque no fuí yo, fué eya
la de las palabras durses,
la der fuego en las promesas,
y no me dió más jarabe
hasta que me vió en la iglesia.
Y ahora entretén a esos cuatro
que aquí vienen, y conserva
en la memoria er consejo
y er cuadro de Cansionera.
(Vase al interior de la venta con su guitarra.)

FLORITA ¡Ay, es verdá! To es presiso
pa no perdé la cabesa,
y más si ha nasío una
con er corasón de sera,
los ojitos bailaores
y la boquita risueña.
¡To es presiso, to es presiso!
¡Es tonta la que no tema!
¡Yo no sé cómo a mí ya
no me ha pasao lo que a ésa!

(Por la izquierda llegan MOLINA, IGNACIO, JUAN FRANCISCO *y* LORENZO, *soldado de caballería el primero, y quintos acabados de sortear los otros. Cada uno trae en el sombrero un*

papel con su número. Vienen alegres y animosos, a excepción de LORENZO.*)*

IGNACIO. *¡Adiós madre; y adiós padre,*
y adiós novia, si la tengo,
que voy a pagarle ar rey
cuatro añitos que le debo!

MOLINA. *(A* FLORITA, *que mueve la persona con toda intención.)*
¡Viva lo más bonito
de estos lugares!
¡Vaya un pie chiquetito
y unos andares!

FLORITA. Grasias, Molina:
siempre salió de Parma
la gente fina.

IGNACIO. ¿Qué? No desmejoremos
Los Chinarrales,
que ayí nos peresemos
por los corales.
¡Vengan colores
pa pintá esta carita!
¡Vengan pintores!
¡Tiene la boquita yena
de la mier de los panales!
¡Yo no he visto una cormena
más serca de unos rosales!

FLORITA. ¡Se picó er chinarrero!

JUAN FRAN. ¡Mu bien picao!

FLORITA. ¿Qué dise er marinero,
que está cayao?

LORENZO. ¡Que voy a yorá
cuando no vea la torre
de Parma der Má!
¡Adiós mi torresita,
y adiós mi Juana!
¡Er servisio me quita
de tu ventana!

FLORITA. Y Juana, ¿quién es?

LORENZO. ¡Mi novia! ¡Una morena
que vale por tres!
Yo no digo que mi barca
sea la mejó der puerto:
lo que yo digo es que tiene
los mejores movimientos.

MOLINA. Pos pa aliviá a este tonto
de su tristesa,
tráenos, Florita, pronto
vino a esta mesa.

¡No hay como er vino
pa aligerá las *ducas*
en er camino!

JUAN FRAN. *¡A la mar maera,*
y a la tierra güesos,
y pa los hombres las mujeres barbis
y er vinito resio!

FLORITA. Y en un cuarto en la venta
¿no estaréis mejó?

MOLINA. ¡Tú mandas, mi tenienta!

IGNACIO. ¡Tú mandas, mi fló!

FLORITA. ¡Ea, pos andá!

MOLINA. ¡Tras de ti voy yo ar Congo
sin pestañeá!
En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo.

FLORITA. ¡Ay los hombres! ¡Tunantes,
dicharacheros,
mentirosos, farsantes,
camanduleros!
¡Pobres mujeres!
¡Vivimos prendiítas
con arfileres!

(Vase hacia el interior de la venta. La siguen, piropeándola, todos menos LORENZO, *que se queda rezagado un instante.)*

IGNACIO. ¿Quiés sé mi cantinera
pa la campaña?

JUAN FRAN. ¿Quiés bordá mi bandera,
reina de España?

FLORITA. *(Ya desde dentro.)*
¡Vengan tos aquí!

MOLINA. ¡Como si el enemigo
fuera tu barrí!

LORENZO. *(Cuando se queda solo.)*
¡A servir ar rey me voy:
er viento que da en tu puerta
son los suspiros que doy!
¡A la fuersa te dejo
pueblo del arma!
a la fuersa me alejo,
puerto de Parma!
¡Morena mía,
a la fuersa me roban
tu compañía!

¡Con cuánta envidia te miro,
pájaro der sielo asú!
¡Vuela y yévale un suspiro
a aqueya que sabes tú!
(Vase a reunirse con los otros.)

(Por el arco de la izquierda sale MARICUELA, *meciendo y arrullando en sus brazos a un niño. Es el de* CANCIONERA, *a que se ha aludido anteriormente.)*

MARICUELA. Este niño bonito
ze está durmiendo.
Como es tan buenecito
lo estoy meciendo.
Nanita, nana,
duérmete tú, rozita
de la mañana.
Este niño chiquito
que ahora ze duerme,
ya ze hará un hombrecito
pa defenderme.
Yo le doy cama:
duérmete, pajarito
que está en la rama.

(Aparece por la derecha DANIEL, *que va hacia su huerta, y se detiene taciturno y sombrío a espaldas de la zagalilla.)*

DANIEL. Er corasón, madre,
se me quié partí,
cuando mis ojos ven a esa criatura
delante de mí.
Contra er mismo sielo
me rebelo yo,
porque er cariño que a mi hermana guardo
me da este doló.
Sangre gota a gota
mis ojos derraman,
y cuando er yanto se enturbia de sangre,
a la sangre yama.
(Sigue hacia la izquierda y desaparece por el fondo. PABLILLO, *como si hubiese estado al acecho de él, asoma por el mismo lado así que se va, y a su vez se detiene mirando a* MARICUELA. *Cuando ésta lo ve, se sonríen candorosamente. Luego se hablan lo que sigue, imitando el balidito del cordero y la oveja.)*

PABLILLO. *Dice er borreguito: ¡maaae!*
MARICUELA. *Dice la ovejita: ¿queee?*
PABLILLO. *Dice er borreguito: ¡voooy!*
MARICUELA. *Dice la ovejita: ¡veeen!*

*(*PABLILLO *se acerca entonces a* MARICUELA *enamorado.)*

PABLILLO. ¿Qué hace aquí mi cariño,
como a la espera?
MARICUELA. Estoy durmiendo ar niño
de Cancionera.
Tuvo que zalí,
y ziempre que eya zale
me lo deja a mí.
(Recreándose en él.)
¡Mira tú qué estreyita
tan luminoza;
mira qué carnecita;
mira qué roza!
¡Mira qué jazmín!
¡Dios bendiga a la madre
que lo parió azín!
PABLILLO. *(Yendo entusiasmado hacia ella.)*
¡Chiquiya!
MARICUELA. *(Esquivándolo.)*
¡Cara e gato!
PABLILLO. Escucha.
MARICUELA. Escucho.
PABLILLO. ¿Quiés mecerme a mí un rato?
MARICUELA. ¡Tú pezas mucho!
PABLILLO. Pos zi es por ezo,
ven a mí con er niño,
que yo te mezo.
MARICUELA. *(Ruborosa.)*
Y zi arguno nos viera,
¿qué penzaría?
PABLILLO. ¡Pos que yo zoy niñera
o ama de cría!
MARICUELA. Caya, Pabliyo,
que te quize por tonto;
nunca por piyo.
PABLILLO. Es que ca día que paza
me da más fuerte.
La zangre ze me abraza
na más de verte.
¡Mía que zi tú y yo...!
MARICUELA. ¡Pabliyo, que te cayes,
o Zan Zeacabó!

¿Zabes laz oraciones
que te he enseñao?

PABLILLO. La de las tentaciones
ze me ha orvidao.
La de la esquila
ya no ze me trabuca.

MARICUELA. Bueno, pos dila.

PABLILLO. *(Después de rascarse la cabeza para hac memoria.)*

La Vigen va caminando
y Zan Jozé la acompaña.
En er camino que yevan
una esquilita zonaba.
¿Dónde estará la ovejita
que azí guía nuestra marcha?
¿Dónde estará zu rebaño?
¿Dónde er pastó que lo guarda?
No lo ven por parte arguna,
y la esquilita no caya,
y escuchando zu zonío
ar mismo Belén yegaban.
¡Bendita zea la esquilita,
dijo la Vigen zagrada,
que nos trajo a este apozento,
para que en humirdes pajas
nazca hoy el Hijo de Dios
que yo yevo en laz entrañas!
Quien la zepa y no la diga,
ezo perderá zu arma.
¿A que no me he comío
ninguna coza?

MARICUELA. Ninguna: te ha zalío
mu reprezioza.

PABLILLO. ¿Ves, Maricuela?
Tú debes darme un premio,
como en la escuela.

MARICUELA. ¿Un premio? Yo no tengo
premio que darte.

PABLILLO. Con cuarquiera me avengo
zi es de tu parte.

MARICUELA. Uno te daré...
zi este acertijo aciartas.

PABLILLO. ¡Pos lo acertaré!

MARICUELA. Nace en er castaño;
coló de caoba;
y cuando está vieja
le dicen pilonga.

PABLILLO. ¡Er tomate!
MARICUELA. ¿Er tomate?
PABLILLO. ¿No? ¡La zandía!
MARICUELA. ¡Jezús, qué disparate!
PABLILLO. ¡Pos lo zabía!
MARICUELA. ¡Qué mala maña!
¡Der castaño!... ¡y pilonga!
PABLILLO. ¡Ya! ¡La castaña!
MARICUELA. ¡La castaña, poyino!
¡Torpe que eres!
Has de tené más tino
zi un premio quieres.
PABLILLO. ¿No lo he de queré?
¡Ponme otra adivinanza
y la acertaré!
MARICUELA. *(Tras una maliciosa sonrisa y una pausa.)*
Entre tonto y tonta,
enterarme quiero,
¿cuál ez er más tonto?
PABLILLO. *(Triunfador.)*
¡Er que hable primero!
(Maricuela suelta la risa.)
MARICUELA. ¡Ay, qué tonto! ¡Caíte!
PABLILLO. ¡Zi que he caío!
¡Y me gané er confite
que te he pedío!
MARICUELA. ¡Pos bueno fuera!
¡Iba a zé yo la tonta
zi te lo diera!
Formalidá, Pabliyo,
que yega gente.
Yo, meciendo ar chiquiyo;
tú vé a la fuente.
PABLILLO. ¿Y te espero ayí?
MARICUELA. Con este niño en brazos
no digo que zí.
Pajarito que cantaz
en la laguna,
no despiertez ar niño
que está en la cuna.
¡Ea la ea!
¡Perejil y culantro
y arcarabea!

(Salen por la derecha ADELFA *y* CURRO VIENTO. PABLILLO, *al verlos, se separa de* MARICUELA.)
(De ADELFA *ya tenemos noticias. Viene de*

mantón negro. De CURRO VIENTO *también se ha hablado lo necesario.)*

CURRO. Pero, mujé, ¿no te he dicho
que ze fué hace ya doz horas
y que no ha vuerto?

ADELFA. ¿No ha vuerto?

CURRO. ¡No ha vuerto! ¡Qué cabezona!
Pregúntale a eza chiquiya,
que ha da zaberlo de zobra.

ADELFA. *(Reparando entonces en* MARICUELA *y dirigiéndose en seguida, con celoso ímpetu, a* CURRO VIENTO.*)*
Escucha: ¿si será er niño
er de Cansionera?

CURRO. Tonta,
¿pos cuá va a zé zi no ez éze?
Esta zagala es la moza
de la huerta y der santuario.

ADELFA. ¡Vi a vé er niño!
(Se acerca a MARICUELA, *violentamente.)*

CURRO. *(Interponiéndose)*
¡Eza no es forma!
Buenas tardes, Maricuela.

MARICUELA. Buenas tardes.

CURRO. La zeñora
tiene empeño en vé a tu ama.

MARICUELA. Poz eya no está.

ADELFA. Y ¿es cosa
de esperarla, o tarda mucho?

MARICUELA. De ezo no zoy sabedora.
Ze fué con Zinta Romero
al Hespitá de las Monjas.

ADELFA. Y ¿éste es su niño?

MARICUELA. Zu niño.
¡Miste qué perla de aurora!

CURRO. Verdá que zí. La criatura
zale con la cara toa
der pobre zeñó Frasquito
el herrero, que esté en gloria.

ADELFA. A mí, no saliendo ar padre,
lo demás no se me importa.

MARICUELA. ¿Qué dice usté?

ADELFA. ¡Lo que he dicho!

CURRO. Aderfa, caya la boca,
y dizimula ziquiera
er coraje que te ahoga.

MARICUELA. *(Entre sí.)*
¡Vigen, qué cara! ¡Qué ojos!
¡Zi parece que está loca!
(Separándose de los dos.)
Buenas tardes.

CURRO. Buenas tardes.
¡Da las buenas tardes, loba!

ADELFA. ¡Como pa mí no són buenas!...

CURRO. La educación nunca estorba.
Adiós, niña. Y a tu ama
dale luego mis memorias.
¿Zabes quién zoy?

MARICUELA. No, zeñó.

CURRO. ¡Curro Viento! ¿No te azombras?

MARICUELA. No, zeñó.

CURRO. Por tu inorancia.
Los pocoz añoz, alondra.

MARICUELA. Hasta la fuente, Pabliyo.

PABLILLO. Hasta la fuente, paloma.
(Se alejan mirándose cada uno por donde apareció.)

(Pausa. CURRO VIENTO *contempla a* ADELFA *que está reconcentrada y mohina.)*

CURRO. ¿Vámonos?

ADELFA. ¿Qué?

CURRO. ¿Zi nos vamos?

ADELFA. ¡Vete tú y déjame sola!
A mí mardita la farta
que me hase aquí tu persona.
¡Te he dicho que hoy la conozco!
¿Quién quita que la conozca?

CURRO. Ya lo estás viendo: la zuerte.
¿Zerá porque a Dios le enoja?

ADELFA. *(Con susto.)*
¿A Dios?

CURRO. A Dios... o a la Virgen.

ADELFA. ¡Dios no se mete en mi historia!
De hoy no pasa, Curro Viento.
Es mi martirio, es mi sombra
esa mujé, y quiero verla
y desirle cuatro cosas.
Por mí la dejó Mariano
y ahora otra vez me lo roba;
y ¡o se lo quito pa siempre,
o armo una gorda!

CURRO. ¿Una gorda?
¿Más gorda que la haz armao?
Pos ¿no has zío tú la ladrona?

¿Quién le ha quitao a zu amante
más que tú?

ADELFA. ¡Y a mucha honra!
¡Le gusté!

CURRO. ¡Claro!

ADELFA. ¡Más que eya!

CURRO. ¡Claro! Y ¿a qué estás celoza?
¡Zi ér por aquí no parece
diez leguas a la redonda!
Abandonó a Cancionera
como a tantas, como a toas,
y hoy reinas tú y no te quita
ni otra reina la corona.
¿Nos vamos?

ADELFA. ¡Yo no me voy!

CURRO. ¡Eres terca como pocas!

ADELFA. ¡Así me parió mi padre!

CURRO. ¿Tu padre?

ADELFA. ¡Mi padre!

CURRO. ¡Zopla!

ADELFA. Sopla tú, que tienes viento.
Y si con tanta bamboya
lo que te ha entrao es serote
porque el hermano nos ronda,
coge ya la carretera
y no pares hasta Córdoba.

CURRO *(Sonriendo con jactancia.)*

¡Qué atrocidá! ¡Qué *Undebé*
de los cielos no te oiga!
¡Vamos! Ze dicen blasfemias
tamañas, y en na ze nota!
Ni la cruz ze ha estremecío,
ni las flores ze dezhojan,
ni er vuelo paran los pájaros
ni el horizonte ze entorda.
¡Curro Viento con cerote!
¡Curro Viento hecho una tórtola!
¡Un hombre que no ze azusta
ni ar vé en la paré zu zombra!
En fin, como me he brindao
a acompañarte, pichona,
y como ahora tú, de pronto,
me zales con ezas coplas,
que te coste que aquí estoy
mientras no yegue la otra,
y que vi a dí en un momento
hasta la huerta famoza,

a zabé der propio hermano
zi tarda mucho eza prójima.
(Alejándose por la izquierda, hacia el fondo.)
¡Ayá va esta pobre liebre
a que un tigre ze la coma!
¡Vamos! ¡La riza me piya
desde er zombrero a las botas!

ADELFA. ¡Tengo de vé por mis ojos
que es verdá que la abandona;
que no le da der cariño
que le tuvo, ni limosna!
(Mirando de pronto hacia la derecha.)
¿Es aquéya que ayí viene?
¡De fijo! ¡Yegó mi hora!
¡Si es eya, vamos a vernos
cara a cara las dos solas!

(Atraviesa CANCIONERA *de derecha a izquierda, y cuando va a trasponer el arquillo,* ADELFA, *casi segura de quién es, la llama por su nombre.)*

¡Cansionera!

CANCIONERA. *(Volviéndose.)*
¿Quién me yama?

ADELFA. Una mujé que te busca
por tu nombre y por tu fama.
¿Me conoses?

CANCIONERA. Te adivino.

ADELFA. Soy la que manda en el hombre
que se puso en tu camino.

CANCIONERA. Y ¿a qué vienes a buscá
lo que el hombre ha despresiao
porque no lo quiere ya?
¿A qué me fuersas a verte?
¡Ni me importa lo que traigas,
ni soñaba en conoserte!
La suerte me lo asercó:
la misma que me lo quita.
Yo vivo con mi doló.
Y este doló me alimenta,
y sólo a la Virgen mía
se lo digo y le doy cuenta.
Que si sufro o que si muero,
no tengo de publicarlo
a la voz de un pregonero.
(Le vuelve la espalda para irse.)

ADELFA. ¡Escúchame!

CANCIONERA. ¿Qué más quieres?
ADELFA. ¡Que me escuches!
CANCIONERA. ¿Que te escuche,
cuando me has dicho quién eres?
¡Anda vete y corre y ruea,
como las malas palabras,
como la farsa monea!
ADELFA. ¡No me ofendas, que yo a ti
no te ofendo!
CANCIONERA. ¿No me ofendes,
ladrona, y estás aquí?
ADELFA. ¿Te duele verme?
CANCIONERA. Un instante.
mientras tu sombra me yega
mientras te tengo delante.
ADELFA. ¿Y a é, no te duele verlo?
CANCIONERA. ¡No sé, porque no lo he visto!
ADELFA. ¡Eso hase farta creerlo!
CANCIONERA. No tengo que darte a ti
satifasiones ningunas.
No las esperes de mí.
ADELFA. Es que te digo, mujé,
que te apartes de la idea
de que vuerva a tu queré.
¡Por los ojos de mi cara,
que le costaba la vía
si ér siquiera lo intentara!
CANCIONERA. ¿Ya dudas, y ayer ha sío
cuando por ti me ha dejao?
¡Qué poco es tu poderío!
ADELFA. ¿Es poco y te lo quitó?
CANCIONERA. Sí, pero ya estás selosa
de que vuerva a mi caló.
ADELFA. ¡No será mientras yo viva!
CANCIONERA. Eso es cuenta tuya y de é...
o der Dios que está ayá arriba.
Ni lo yamé pa quererlo,
ni cuando vorvió la esparda
le grité pa detenerlo.
Ni mis brasos son cadenas
que amarren a un prisionero
que no las busque a las buenas.
Ni hay más que un solo podé
que ar má que deja la playa
lo haga a la playa vorvé.
ADELFA. *De tu despresio me río.*
Bien sabe Dios y to er mundo
lo mucho que lo has querío.

¡Y yo, que viéndolo estoy,
te juro que si a ti vuerve,
se acordará de quién soy!
Y na más, y vive alerta:
¡si por aquí pasa er viento,
sierra de gorpe tu puerta!

CANCIONERA. ¡Siérrala tú, no sea cosa
que se te escape er cautivo
que guardas tan reselosa!
¡Y vete aprisa a buscarlo,
y dile que en este pecho
hay fuersas pa perdonarlo!
¡Que escondí mis sentimientos,
porque no los blandearan
los embates de los vientos!
¡Que vivo en poso tan hondo,
que sólo los ojos míos
ven la luz y ven er fondo!
¡Que no deje de quererte,
aunque luego a espardas suyas
tú lo amenases de muerte!
¡Y que yo me satisfago
con pedí por la salú
de quien me dió tan mar pago!
¡Porque quiso la fortuna
que su sangre con mi sangre
esté durmiendo en la cuna!

ADELFA. ¡Cansionera!

CANCIONERA. ¡Basta ya!
¡Pa ti sí que está mi puerta
por siempre claveteá!
¡Anda vete y corre y ruea,
como las malas palabras,
como la farsa monea!

(Sigue resueltamente su camino, altanera y airada.)

ADELFA. ¡Farsa tú, mala sirpiente,
que ocurtas delante *mía*
lo que tu corasón siente!

(Vuelve CURRO VIENTO *a tiempo de oírla.)*

CURRO. ¿Qué fué?

ADELFA. ¡Que yo no he visto en er mundo
más hinpócrita mujé!
¡Mentira
es to lo que aquí me ha hablao,
y hasta el aire que respira!

CURRO. Quizá
lo ves tú de eza manera,
de ciega y de encastiyá.

ADELFA. ¡Que no!
¡Que de adivina me presio,
y éste nunca me engañó!
(Por el corazón.)
¡Será
la vengansa que yo tome,
la vengansa más soná!

CURRO. Criatura,
pienza un poco y no te yeves
de eze ramo de locura.
Los celos
ze gozan en abatí
castiyitos por los zuelos.
¿Te enteras?
Ze alimentan de tus carnes
y te estrozan como fieras.
Halagan
pa que tú loz acaricies,
y ¡hay que vé cómo te pagan!
Parecen
pajariyos volantones,
y ¡hay que vé cómo ze crecen!
Yo entiendo
más que Merlín de estas *ducas*,
porque he vivío queriendo.
Mi taye
ha hecho a rubiaz y morenas
tirá piedras por la caye.
Por mí
más e quince y más e veinte
andan zuertas por ahí.
Princezas
yamaban a Curro Viento,
perdías de las cabezas.

ADELFA. ¡Jesús!
¿Quiés cayarte, que parese
que no hay más hombre que tú?

CURRO. ¿Ah, zí?

ADELFA. ¡Ni que te pienses tampoco
que estoy pa escucharte a ti!

(Viene en esto por la derecha la GITANA, *que se dirige a* CURRO VIENTO *apenas lo ve.)*
(Allá, en el interior de la venta ALIFONSO *toca su guitarra.)*

GITANA. ¿Te la digo, resalao?

CURRO. ¡Bueno! ¡No fartaba más!

GITANA. Anda, sí; voy a desírtela,
oiitos de gavilán.

CURRO *(A ADELFA.)*
¿Tú oyez esto?

GITANA. Trae esa mano,
que te quiero declará
los pensamientos que guardan
dos moreniyas, que están
perdías por tus jechuras
de emperadó.

CURRO ¿Dos na más?

GITANA. ¿Cuántas quieres, vanioso?
(Acercándose a ADELFA, *que sentada a la mesa y de codos en ella, maquina proyectos infernales.)*
Pero, paloma torcaz,
¿qué tienes tú que así arrugas
er seño? ¿Vas a yorá?
Motiviyos no te fartan,
coralito de la má,
campaniyita de oro,
regalito de surtán.
Pero hay que tené pasensia,
y coraje, y argo más,
pa resistí los vaivenes
en esta vida arrastrá.
No te acobardes, lusero,
que hay mucho pasos que dá
desde que se siembra er trigo
jata que se cuese er pan.
¿Te la digo, caprichosa?
¿Te la digo, enamorá?
¿Te la digo, fló der vaye,
esportonsiyo de sá?

ADELFA. *(Supersticiosamente; con resolución.)*
¡Dirmela!

GITANA. Dame tu mano.

ADELFA. Pero dirme la verdá.

GITANA. ¿Por amarguiya que fuere?

ADELFA. Aunque fuere solimán.

CURRO ¡Eres un cacho e maera;
no ze te pué gobernál!

GITANA. Caya tú y echa tu viento
pa otra parte, Barrabás.
¿Vas a quitarle a esta perla
marina su voluntá?

En er nombre de Dios sea,
que toíto en su mano está,
y Er nos dé una güena muerte
y en la vía un güen pasá;
que si mentira te digo
yo me caiga aquí mortá.

CURRO ¿Zerá coza de avizarles
ar cura y ar zacristán?

GITANA. ¡Cáyate, paraguas viejo,
que ya no sirves pa ná;
que cuantito yueve fuerte
te metes en un sanguán!
Alégrate tú, surtana:
nadie yore hasta er finá,
que si un amó se te nubla
otros te amaneserán.
Con esa cara de sielo
y con esa majestá,
a los vuelos de tu farda
sardrán hombres en bandás.
De uno sé que por ti deja
er Brasí de Portugá,
jermoso como un Cupío
y en las arcas un caudá.

CURRO. Con bien venga. Yo *chanelo*
er portugués regulá.

GITANA. ¿Quiés cayarte, entremetío?

ADELFA. ¿Quiés morirte, charlatán?

GITANA. Tú, prinsesa, estás ahora
rabiosiya y alocá,
porque te gusta un mosito
con resabios de charrán,
que a ésta quiero, a ésta no quiero,
de una en otra siempre va,
mucho arrope en las palabras
y en los hechos farsedá.
Moreno más velioso
no ha nasío desde Adán;
pero ér por sus propios *baes*
su perdisión va a buscá,
y en esta cruz que aquí miras,
tú lo tienes de encontrá
una nochesita mala,
muerto de un rayo fatá.

(Levántase ADELFA *sobrecogida.)*

¡Quién y cómo le dió muerte
no ha de saberse en jamás!

La Justicia que lo busque
no lo tiene de encontrá.

ADELFA. *(Huyendo de ella con horror.)*
¡Caya, gitana! ¿Qué inventas?
¡Vete y no me digas más!

GITANA. ¡Mujé, déjame que acabe,
que farta lo prensipá!

ADELFA. ¡Que te vayas, embustera!
¡Que te vayas! ¡Vete ya!

CURRO. ¡Y nozotros!

ADELFA. ¡Ahora mismo!

GITANA. Pero, oye, ¿no me das ná?

ADELFA. ¡Un tiro!

GITANA. ¿Un tiro?

ADELFA. ¡O dosientos,
si uno es poco, condená!

CURRO. ¡Anda, chiquíya, pa alante!

ADELFA. ¡Curro, me voy destrosá!
¡Mi cabesa es un infierno
con candelas de arquitrán!

CURRO. ¡Vamos!

ADELFA. ¡A los propios mengues
les echaré un memoriá!
(Vase de estampía por la derecha, seguida de CURRO.*)*

GITANA. ¡Escurríos! ¡Sinvergüensas!
¡Estropajos de fregá!
¡Curro Viento, ten cuidao
con esa prinsesa reá,
que va a pará en un convento
si la deja su Don Guan!...
¡Y ha tenío más amores
que hay purgas en un pajá!...
¡Anda con Dios, orguyosa!
¡De rumbo no enfermarás!
¡De cangrena se te pique
la mano que no me da!
¡Quiera *Undebé* que mi agüero
sarga mu pronto verdá!
¡Mala peste en la miseria!
¡Se vean en el Hespitá!
Vamos a buscá ar santero
y a pedirle la pringá,
a vé si cayan mis tripas,
que no paran de soná.
(Se entra por el arco de la izquierda y desaparece.)

La guitarra de ALIFONSO *continúa sonando aún unos instantes. Luego cesa.)*

(Por detrás del arco salen CANCIONERA *y* DANIEL. *Ella viene delante, como huyendo de oírlo.)*

CANCIONERA.
Cáyate y no sigas,
por la Virgen santa;
cáyate, hermano, que bastante tengo
dentro de mi arma.

DANIEL.
Un año corrío
yevo de cayá,
yorando sólo porque tú no yores;
¡ya no cayo más!
Sepurté en la tierra
tos mis pensamientos.
Como era er yanto lo que los regaba,
espinas nasieron.
¡Mal haya er que hiso
mi yanto corré!
¡Yo que quería en toas las vereítas
flores pa tus pies!

CANCIONERA.
Mi sino contrario
lo ha ordenao así;
y esas espinas de tus pensamientos,
me punsan a mí.
Más que mi desgrasia,
que entiendo yo sola,
me abre las carnes sabé que tus ojos
por mi curpa yoran.
Pero escucha, hermano,
lo que dise er viento:
¡Ay! ¿A qué vienen tantos suspiritos,
si ya no hay remedio?

DANIEL.
¡Remedio sí hay!

CANCIONERA.
¡Yo no sé encontrarlo!

DANIEL.
Vente a mi vera y lo procuraremos
los dos mano a mano.
¡Ese mar nasío
que te traisionó,
o er juramento cumple que te ha hecho,
o lo mato yo!

CANCIONERA.
¡Esperando vivo
que lo ha de cumplí!

DANIEL.
¡Se pasa er tiempo y no lo cumple, hermana!
¡Se burla de ti!
Déjame buscarlo,
que hora es de que venga

¡y de rodiyas y besando er suelo
tu fama te vuelva!

CANCIONERA. ¡Yo no quiero nunca
por fuersa pedí
lo que me toca porque me lo deben!

DANIEL. ¿Tú no? ¡Pos yo sí!

CANCIONERA. De la tierra vengo,
pero en mi linaje
hay más orguyo que si desendiera
de un abenserraje.
No tomo limosna
que da un renegao
porque se cansa de escuchá ar mendigo
que tiende la mano.
La mujé y el hombre,
si se han de juntá,
han de yamarse ar modo del asero
y la piedra imán,
Si así no se juntan,
déjalos corré...
Agua salobre y durse no se mesclan,
ni apagan la sé.
¡Y hablas de matarlo,
porque no comprendes
que si lo matas, compañero mío,
soy yo la que muere!
El hierro que claves
en su corasón,
antes que er suyo calará mi pecho:
¡lo ha querío Dios!

DANIEL. Pos si eso es, hermana,
lo que está dispuesto,
me voy a sitio donde no te vea
como te estoy viendo.
Si eso es, compañera,
lo que Dios dispone,
pídele tú que nunca en mi camino
me encuentre a ese hombre.
Porque si lo encuentro,
yo no pensaré
que con su muerte te daré a ti muerte,
¡y lo mataré!
Y manando sagre
de mi corazón,
diré a toas horas, pa lavá mis manos:
¡lo ha querío Dios!

CANCIONERA. ¡Danié, no te vayas;
no me desampares!

¡Sola en er mundo con el hijo mío,
sin caló de nadie!
¡Yo quiero tus brasos;
yo quiero tu sombra!
¡En er desierto no hay otro arbolito!
¡No me dejes sola!
Tú pa mí viviste;
pa ti viví yo.
¡Que sea la muerte la que nos separe!...
¡Otra cosa, no!

DANIEL. Nunca tú has tenío
que rogarme a mí:
de lo más hondo de tus pensamientos
yo era sajorí.
Estrellas der sielo
que tú ambisionaras,
iba por eyas y te las traía
antes de que hablaras.
Yanto que tus ojos
quisiera nublá,
yo lo secaba con los labios míos
cuando iba a brotá.
¡Pero ahora ya es hierro
to lo que fué sera:
no hay en la fragua fuego ni martiyo
que mi arao tuersan!
¡Qué angustia no verte!...
¡Qué triste me alejo!...
¡Dime que quieres que a tu vera siga!...
¡Ya sabes er presio!
¡Dímelo, mi hermana,
dímelo, por Dios!...
Como me farte a mí tu compañía,
vi a morirme yo.
Si a mi lao nunca
ya más he de verte,
yo pensaré que me he quedao siego:
¡vamaré a la muerte!
(Vase por la derecha cabizbajo, tragando sus lágrimas.)

CANCIONERA. ¡Dios mío! ¿Cómo en er mundo
consentirás que esto pase?
¡Dame una luz que me guíe!
¡Dame alientos que me sarven!
¿Qué otro camino de abrojos
es éste que se me abre?
¿No me mandarás consuelo
que consuele mis pesares?

(Calla, abrumada por su dolor, y se sienta al pie de la cruz. A poco sale MARICUELA *con el niño y se le aproxima. Ella, al verlo, resplandeciente el rostro, parece olvidarse un punto súbitamente de todo lo demás.)*

¿Duerme?

MARICUELA. Duerme. Mire usté
qué ánge de los sielos.

CANCIONERA. Dame.

MARICUELA. Yo voy a la fuente ahora,
que está Pabliyo esperándome.

(Se marcha.)

CANCIONERA. *(Contemplando a su hijo.)*

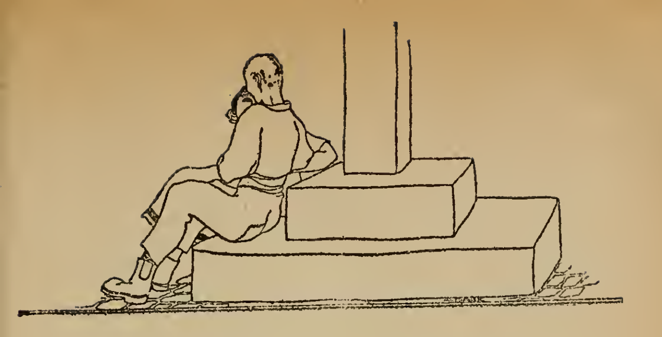
Pedaso de mis entrañas,
sangre que yeva su sangre,
duerme tranquilo tu sueño...
¡Tienes madre!
Duerme tranquilo en mis brasos,
en este trono tan grande
que Dios tan sólo consede
a los hombres cuando nasen.
Yo espantaré con mis ojos
a quien venga a despertarte:
duerme tranquilo, arma mía...
¡Tienes madre!
Ningún peligro te asuste;
no te dé miedo de nadie;
de lobos que te acosaran
yo sabría resguardarte.
Y cuando el invierno yegue,
que er frío no te acobarde:
yo traeré leña der monte...
¡Tienes madre!
Te esperan en este mundo
traisiones y farsedades,
y no has de librarte de eyas,
aunque vivas vigilante.
Hay solamente un sercao
donde la traisión no cabe:
búscalo, que está en mi pecho...
¡Tienes madre!
Yo seré luz de tus ojos;
lusero que te acompañe;
alimento de tu boca;
medisina de tus males.

Y seré flor en tus pasos,
y seré olor en tu aire,
y seré sombra en tu vida...
¡Tienes madre!
Cuando penes, vé a mi encuentro,
que en er camino has de hayarme;
cuando yores, no me grites,
que yo iré sin que me yames...
Pedaso de mis entrañas,
sangre que yeva su sangre,
duerme tranquilo tu sueño...
¡Tienes madre!

(Lo besa tiernamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





TERCER ACTO

CUADRO PRIMERO

Un mes después del acto anterior y en el mismo bello paraje. Es al atardecer.

MARICUELA y PABLILLO, sentados al pie de la cruz, se dicen ternezas.

MARICUELA. ¿Me quieres mucho?
PABLILLO. ¡Pa mí tú zola yenaz er mundo!
MARICUELA. ¿Cómo me quieres?
PABLILLO. ¡Como loz hombrez a las mujeres!
MARICUELA. ¿Te gusto yo?
PABLILLO. ¡Más que la aurora con zu arrebó!
¿Y yo, te gusto?
MARICUELA. ¿Tú? ¡Más que el agua después de un zusto!
¿A que no aciertas
lo que me paza cuando me dejas?
PABLILLO. ¿Que no lo acierto?
¡Lo que me paza cuando te dejo!
MARICUELA. ¿Justo y cabá?
PABLILLO. ¡Zi nos queremos los doz iguá!
¡Valientemente!
Dame un bezito, que ahora no hay gente.
MARICUELA. Hay ayí un grajo
que está mirando desde er zombrajo.
PABLILLO. ¿Qué te parece.
que nos cazemoz er mes que viene?

MARICUELA. ¡Qué decidío!
¿Conque no ganas ni pa un vestío?
PABLILLO. ¡Ya ganaré!
MARICUELA. ¡Pos cuando ganes me cazaré!
PABLILLO. ¿Qué quiés que zea?
¡De chiquichanca poco me quea!
¿Pastó? ¿Boyero?
MARICUELA. No.
PABLILLO. ¿Yegüerizo?
MARICUELA. No.
PABLILLO. ¿Manijero?
MARICUELA. ¡Argo más fino!
Pa nuestra boda pon un molino.
¡Ay zi yo fuera
de tu molino la molinera!
PABLILLO. Ya ze echó abajo.
MARICUELA. ¿Quién?
PABLILLO. Quien miraba desde er zombrajo.
MARICUELA. Zí, molinero;
pero ayí viene Zinta Romero.
PABLILLO. ¡Mardita zea!
¡Vente a la fuente, que no nos vea!
MARICUELA. ¿Qué más te da?...
¡Zi con er bezo te has de acostá!...
(CINTA, *que en efecto llega por la derecha, al ver a los tórtolos, se siente inspirada una vez más, y se aproxima a ellos dedicándoles la siguiente improvisación.)*
CINTA. *¡Todas las flores der campo*
las cautiva er mes de enero,
y en yegando abril y mayo
salen de su cautiverio!
La primavera
viene ligera
y echa sus flores por dondequiera:
por la pradera,
y por las lindes de los sembraos,
y en los pechitos enamoraos.
¡Ven, ruiseñó:
canta en las flores de un nuevo amó!
¡Se concluyó!
(MARICUÉLA y PABLILLO *sueltan la carcajada, entre ruborosos y contentos, y se alejan riéndose por la izquierda.*
(Oportunamente viene por la derecha FLORITA, *con el cantarillo a la cintura, para ir a la fuente.)*

FLORITA. ¿De qué se ríen esos tontos?
CINTA. Pos de que se quieren mucho,
y yo los piyé arruyándose
y le hise *un verso* al arruyo.
¿Yegó tu tito de fuera?
FLORITA. Ahora mismo: hase un minuto.
Místelo ayí con la tita
charlando de sus asuntos.
CINTA. ¡Mucho tendrán que contarse!
FLORITA. Usté carcule: ¡un mes justo
ha fartao de la venta!...
CINTA. ¡Un mes! ¡Se fué como el humo!
Y ¡mira que han pasao cosas
en ese mes! ¡Qué tumurto!
(Hablando hacia la venta.)
¡Buenas tardes, Alifonso!
¡Bien yegao!
ALIFONSO. *(Dentro.)*
¡Tanto gusto
en verte siempre, muchacha!
¿Cómo siguen tus difuntos?
CINTA. ¡Tan buenos que están los pobres!
ALIFONSO. ¡Espérame ahí un segundo
FLORITA. Quéese usté con é. Yo voy
por el agua. Aqué der burro
me corteja.
CINTA. Pos cuidao,
que es más animá que er rucho.
FLORITA. ¡Si por eso me hase grasia!
¡Tienen un ánge los brutos!...
(Se va sonriente y dichosa.)
CINTA. Y tú tienes un meneo,
con tan poco disimulo,
que estás disiendo a los hombres:
«¡Yamarme a mí, que yo acudo!»
¡Ay! ¡Estas niñas der día
se mueven más que un columpio!
(A ALIFONSO, *que aparece ya.)*
¿Salió er sobrino de penas?
ALIFONSO. Salió ar fin de aquer sepurcro.
Sepurtura de hombres vivos
le yama a la carse er vurgo.
Cuando se vió al aire libre,
a pegá sartos se puso,
dándole grasias a Dios,
vivas ar rey y al indurto.
CINTA. Y ¿adónde te lo has yevao?

ALIFONSO. A Jerez; lejos der punto
de la desgrasia. Le he puesto,
con un amigote suyo,
un tabanco: cuatro tablas,
seis barriles y un embúo;
¡a vé si sale adelante
vendiendo vino en vasucos!
Porque yo, pa mis adentros,
en mi consiensia, discurro
que cuando un hombre es buen hombre,
aún pué mirá con orguyo,
aunque haya pasao dos años
en un calaboso oscuro.
Desgrasias como la suya
no deshonran a ninguno.
¡Las mujeres son capases
de que er más cuerdo haga números!
¡Er santo sielo nos libre
de un piesesito menúo,
o de unas pestañas negras,
o de unos *mininis* rubios,
en podé de una gachona
que yeve un gatito ocurto!

CINTA. ¡Ay, Alifonso, Alifonso;
en este pícaro mundo,
espinas tienen las flores
y espinas los higos chumbos!

ALIFONSO. Ya lo sé; y está er busilis
en la suerte de ca uno:
¡hay quien se araña una mano,
y a quien lo atraviesa un chuso!

CINTA. ¡Ya ves Danié!... ¡Sin comerlo
ni beberlo!... ¡Qué dijusto!

ALIFONSO. ¡Qué tragedia!

CINTA. ¿Te han contao?...

ALIFONSO. Cuatro cosas así a hurto.
Cuéntame tú toa la historia,
que con el arma te escucho.
Tú sabes cómo yo quiero
a ese muchacho, que es único.

CINTA. Pos a poco de tú irte,
comensaron los barruntos
de su locura: luchaba
entre matá a su verdugo
o dejá a su hermana sola,
y en este tormento múo,
perdió la brújula el barco,
la máquina se escompuso,

y de una oriya pa otra,
ya navegaba sin rumbo,
Prevaricó der sentío;
se vorvió más tasiturno;
de pronto daba en reírse;
de pronto hablaba confuso.
Er pie de esta cruz besaba,
ya tranquilo, ya convurso;
prinsipió a desconosernos...
y hoy no conose a ninguno.

ALIFONSO. ¡Qué doló tan grande, Sinta!

CINTA. Yora er corasón más duro.
Vino er médico de Parma,
don Blas Rincón, y dispuso
que al Hospitá de las Monjas
lo yevaran; y ayí estuvo
en oservasión primero,
y ahora está como un recluso,
ar paresé tan conforme,
y trabajando en lo suyo:
dale que dale a la huerta,
la ha puesto—disen—de lujo.
No tiene más que, en momentos,
delira, pierde er discurso,
y empiesa a desí sentensias
o verdades como er puño.
Y una vez grita: «¡Perdono!»
Y otra vez grita: «¡Yo huyo!»
Se yeva días enteros
cayao como un cartujo:
si hábitos blancos vistiese,
pareseria San Bruno.
Lo cuida una sola monja...

ALIFONSO. ¿Cuá?

CINTA. La hermanita Refugio,
que ér toma por Cansionera;
y le adivina los gustos,
y la sigue y la obedese
como a Soledá.

ALIFONSO. ¡Qué asurdo!
¿Sale a la caye?

CINTA. Sí sale;
y nadie le tiene susto.
Er mismo médico dise
que loco iguá no lo hubo.

ALIFONSO. ¿Y aquí, viene?

CINTA. Argunos días.

Y no se va der seguro
en jamás. Mira a toas partes
con un mirá mu profundo;
como er que busca y no haya;
como un siego parpa un muro.
Y la pobre Cansionera
lo yora como difunto,
y ya la verás aluego
vestía de negro luto.

ALIFONSO. ¡Várgame Dios! ¡No se entiende
que pasen estos disturbios
sin un castigo! ¿Es posible
que a un Dios le parezcan justos?
Prenden a un hombre que mata
con navaja o con trabuco,
y er que mata con traisiones
anda y libre y en triunfo.

CINTA. Vete, si quieres justisia,
a la Luna o a Saturno;
que ésta es tierra de pecaos,
y ningún juez da ese sumo.
Ya Dios castigó a los hombres
en los tiempos der Diluvio,
porque la vergüensa andaba
en camisa y dando tumbos.
¡Si vieras, vorviendo ar loco,
la-armirasión que produjo
er Viernes Santo pasao
en Parma der Má! Te juro
que a mí, que ya na me asombra,
se me pararon los pursos.
Ar pasá er Cristo enclavao
por el Hospitá, se puso
de rodiyas y cantó
con er doló más agúo:
«¡Sor que hasta en las noches sales,
lusero de amanesé,
si en mi aflisión no me vales,
nadie me podrá valé!
¡Mira mis penas mortales!»

ALIFONSO. ¿Quién le sacó esa saeta?

CINTA. ¡Er mismo se la compuso!

ALIFONSO. ¡Merese que Dios lo ampare,
si aquí lo merese arguno;
que recobre su sentío
y el agua vuerva a su curso!
Adiós, Sinta: voy a echarle
un vistaso a mí casucho.

CINTA. Y yo a recogé en la ermita
mi canastiyo y mi cubo.
(Se marchan los dos.)

(A poco, por el fondo, hacia la izquierda, llegan ADELFA *y* MARIANO. *Vienen a la venta.)*

MARIANO. ¡Vaya, niña, ya estamos
donde querías!
¿No era éste tu capricho?
¡Descansa, niña!
¡Ya estamos los dos solos
junto a la ermita!
¡Ya estamos, y estaremos
mientras tú pidas!

ADELFA. ¡Eso mismo!

MARIANO. ¡Eso mismo!

ADELFA. ¡Que traguen guita
las que han dicho que disen
que tú desías!...
¡Que ya ibas a dejarme!
¡Que soy *cansina!*
¡Que estás hasta los pelos
de mis carisias!

MARIANO. ¡Jesús, qué disparate!
¡Qué habladurías!

ADELFA. ¡Primero sielo y tierra
se juntarían!

MARIANO. ¡Eso que estás hablando!...

ADELFA. ¿Qué?

MARIANO. ¡Que va a misa!

ADELFA. Entre la hostia y er cáliz
¿lo jurarías?

MARIANO. ¡Y ante Dios que bajara
desde ayá arriba
a tomarse dos copas
de mansaniya!

ADELFA. ¡Pos tienes de jurármelo
donde a esa misma
le juraste cariño
pa mientras vivas!
¡Ven aquí: que te escuche
la cruz bendita!

MARIANO. Yo haré lo que tú quieras;
pero antes mira
si te conviene er sitio;
si es pa tu dicha;
que lo que aquí se jura
pronto se orvía.

ADELFA. ¡Es verdá! Pos entonses...

MARIANO. ¡Caya y no sigas!
¿A qué imaginas tanto
malas partías?
¡Antes que yo te deje,
fiera bonita,
echarán los olivos
naranjas chinas,
y echarán los naranjos
ramas de oliva,
y en mitá de los mares
sardrán espigas!

ADELFA. ¡Si te oyera esa otra!

MARIANO. ¿Qué?

ADELFA. ¡Se moría!

MARIANO. ¡Esa ya no se acuerda
de mi familia!
¿Estaré yo seguro?
¿Cómo vendría
tan tranquilo a tu lao,
con esta risa?
Nos quisimos un poco;
no fué mentira;
nos dejamos a un tiempo:
¡ruede la via!
¡No te acuerdes más de eya!
¡Ya me fastidian
farsetas a toas horas
de seguidiyas!
¡Sarte por *soleares*,
por alegrías,
o sarte hasta por tangos
y por guajiras!
Anda, ven a la venta,
serrana mía:
tú cantarás un rato;
yo haré parmitas.
La *abuela* de Alifonso,
que es cosa fina,
nos dará con sus cuerdas
la compañía.

ADELFA. *(De repente, aterrada.)*
¡Ay, Virgen de los sielos!

MARIANO. ¿Qué fué, chiquiya?

ADELFA. ¡Ay, Virgen de la Rosa!

MARIANO. ¿Qué pasa?

ADELFA. *(Señalando hacia la derecha.)*
¡Mira!

MARIANO. ¡La enfermera y er loco!
¡Vaya visita!

ADELFA. ¡La sangre en to mi cuerpo
se paralisa!

(Sale DANIEL, *acompañado de la* ENFERMERA, *que es una hermana de la Caridad. Mira con extravío, como si se hallase de pronto en un mundo nuevo. Trae prendidas al pecho algunas medallas y cintas de colores. En el sombrero, unas amapolas y otras florecillas del campo. Se apoya en un cayado pastoril.)*

DANIEL. *Le dijo er tiempo ar queré:*
—Esa soberbia que tienes,
yo te la castigaré.

(Se dirige a MARIANO *y a* ADELFA. LA ENFERMERA *repara en ellos entonces y trata de detenerlo.)*

ENFERMERA. ¡Jesús! ¡Daniel!

ADELFA. ¡Santo Dios!

DANIEL. ¿Qué me quieres, Cansionera?
Dime: ¿quién son esos dos?

ENFERMERA. No los conozco.

(A una extraña sonrisa de él.)

¿Tú sí?

DANIEL. Yo, tampoco.

ENFERMERA. Pos entonses
déjalos... y ven aquí.

DANIEL. Lo que tú quieras haré.

(A la pareja.)

Perdone usté, buen amigo;
perdone, buena mujé.
Esta monjita es mi hermana:
las golondrinas de Cristo
le cantan en su ventana.
Me la he yevao a una estreya,
pa que los males der mundo
no la sarpiquen a eya.

ADELFA. *(A* MARIANO, *horrorizada, con temblor angustioso.)*

¡Tú, tú, vámonos pa dentro!
Dios Padre me ha castigao!
¡Es un castigo este encuentro!

MARIANO. Yo no sé si lo será,
pero grasia, lo que es grasia,
no la tiene; la verdá.

ADELFA — ¡Mardito sea er siclón
que me trajo a la cabesa
esta mala tentasión!

(Entranse por la derecha; ella temerosa y fuertemente agarrada a él.)

DANIEL. — ¡Se fueron!

ENFERMERA. — ¡Déjalos í!

DANIEL. — ¿Esa es su casa?

ENFERMERA — Quisá.

DANIEL. — ¿A qué venimos aquí?

ENFERMERA. — Venimos a que te vea
aqueya mosa hortelana
que tanto er verte desea.
Aqueya que te desía
que eya dejaba sus campos
por tené tu compañía.
Aqueya que me pidió
lisensia pa darte un beso,
y en la frente te lo dió.

DANIEL. — ¿Aquéya?

ENFERMERA. — ¡Sí; aquéya!

DANIEL. — ¡Aquéya!...
¡La que yoraba y yoraba!...
¡Vámonos a nuestra estreya!

ENFERMERA. — Pero ¿no te acuerdas tú
de estos campos, de esa ermita,
de esa fuente, de esta cruz?

DANIEL. — ¡No me acuerdo!

ENFERMERA. — ¿No?

DANIEL. — No, no...
¿En dónde está er portalito
en que nasimos tú y yo?

(La ENFERMERA *hace un gesto de resignación. Sale* ALIFONSO.)

Y éste que viene, ¿quién es?

ENFERMERA. — Este, Alifonso.

DANIEL. — ¡Alifonso!
¡Aquer der mundo ar revés!
Desiende de buena sepa:
no hay malisia que él ampare;
traisión que en su pecho quepa.
Un hombre de buena ley.
Si yo yego a ver a Dios,
le diré que lo haga rey.

(Se sienta, mirándolo. Luego exclama:)

¡Los aires yevan mentira!

¡Er que diga que no miente,
que diga que no respira!
(Queda abstraído, hablando consigo mismo.)

ENFERMERA. *(Como respondiendo a las últimas palabras de* DANIEL, *y para sí.)*
Dise cosas este loco
que no suenan a cordura,
pero a locura tampoco.
¡Qué bien canta la cansión!
Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.

(Se le acerca ALIFONSO.*)*

ALIFONSO. Que Dios te guarde, Refugio.

ENFERMERA. Que El a ninguno nos deje.

ALIFONSO. Mirando estoy a ese pobre,
y mentira me parese.
Por primera vez lo miro
después de lo que susede,
y er corasón, aunque es viejo,
se angustia y se condolese.

ENFERMERA. Cuantimás porque es un hombre
meresedó de otra suerte.

ALIFONSO. ¿Consibes tú que haya entrañas,
como las del otro peine,
causante de tanto duelo,
que en na repara, y se viene
con la pájara a este sitio,
en que hasta su sombra ofende?

ENFERMERA. Cáyese usté, que yo, ar verlo,
me quedé como de nieve.
¿Es que no tiene consiensia
que a solas se le rebele?
¿Ni der sielo ni der mundo
na le asusta? ¿A na le teme?
Pos Dios, esas arrogansias,
tarde o temprano, las vense.
De poder y de fortuna
nadie en er mundo se presie.

ALIFONSO. *(Señalando a* DANIEL.*)*
¿Habla solo?

ENFERMERA. Sí; habla solo.
Se pone así muchas veses.

DANIEL. *(Entre sí.)*
¿En dónde estará er camino
por er que nunca se vuerve?

¿Cuándo acabará er murmuyo
de las aguas de la fuente?

ALIFONSO. ¡Pobre muchacho!

ENFERMERA. Hay que verlo
desde que Dios amanese.
Pero siempre tan tranquilo,
tan dósi, tan obediente.
A mí me cree Cansionera,
y ¡de qué modo me atiende!
Aunque una está acostumbrá
a estos dolores, padese.
No ha de fartarle sonrisa
como a su paso me encuentre;
flores que en la huerta nazcan,
en mis manos han de verse.
Que me tome por su hermana,
la verdá que me enternese.

ALIFONSO. Pos, criatura, ar fin y ar cabo,
si lo miras bien, lo eres:
hermana de tos los tristes
que en el Hospitá se arberguen.

DANIEL. *(Como antes.)*

A aquer pajarito, madre,
que canta en la rama verde,
dígale usté que se caye,
porque su cantá me duele.

ALIFONSO. Y er dortó, ¿tiene esperansa
de curarlo?

ENFERMERA. Sí la tiene.
Ni un momento desconfía
ni las ilusiones pierde.
Dise que esto es una sombra
que ahora en la cabesa siente,
como una nube que pasa
sobre un río y le oscurese.
Lo que tarde en cambiá er viento
y la nube en deshaserse,
tardará en mirarse clara
como estaba la corriente.
A mí me aconseja mucho
que por aquí venga siempre,
porque espera que argún día,
al hayarse de repente
con Cansionera, der choque,
como una luz que se ensiende,
la sombra que ahora la nubla
se le vaya de la frente.

ALIFONSO. Y así será, si ér lo aguarda.

ENFERMERA. Así será, si Dios quiere.

DANIEL. Yo soy como aquer minero
cuando en la mina se mete:
sueña con la luz de arriba,
y cuando sale, le hiere.

(Por el arco de la izquierda viene CANCIONERA *en este momento. El luto que viste la hermosea. La* ENFERMERA *y* ALIFONSO *se vuelven a mirarla.)*

ENFERMERA. ¡Cansionera!

ALIFONSO. ¡Cansionera!

DANIEL. ¿Quién?

CANCIONERA. Dejarme que me aserque.
¡Bien hayas, Danié! ¡Bien hayas!

DANIEL. ¡Bien hayas tú! Tú ¿quién eres?

CANCIONERA. ¿Ya no me conoses?

DANIEL. *(Después de una larga mirada.)*
¡Sí!...
¡La der beso de la frente!

CANCIONERA. ¡La misma!

DANIEL. ¿Qué tienes tú,
que cuanto te me apareses,
tiemblo desde mis raíses
y se me sartan las sienes?
¿Qué yamas hay en tus ojos
que yo temo que me quemen?
¿Por qué sierro yo los míos,
si están sedientos de verte?
¿Qué hay en ti que me da angustia?...
(Dirigiéndose a la enfermera y acogiéndose a ella.)
¡Cansionera, no me dejes!
¡Vámonos a nuestra estreya
antes que la noche yegue!

ENFERMERA. Pero, di, ¿por qué te asustas
de la que tan bien te quiere?

DANIEL. *(Afligido.)*
¡Vámonos!

ENFERMERA. ¿Por qué le huyes?

DANIEL. ¡Vámonos!

ENFERMERA. ¿Por qué le temes?

(DANIEL *vuelve a mirar a* CANCIONERA *con mirada fija. De improviso se le ilumina el rostro, como si un relámpago de razón pasase por la noche de su cerebro. Entonces, avanza tembloroso hacia ella.)*

DANIEL. ¿Eh?... ¡Tú!

CANCIONERA. ¡Yo!

DANIEL. ¿Tú?

CANCIONERA. ¡Sí; tu hermana!

(Vuélvese DANIEL *ahora hacia la derecha, acometido por un recuerdo fulminante, y dirigiéndose a la venta con frenesí lanza un grito que estremece a todos, y que tal vez* ALIFONSO *y la* ENFERMERA *se explican. Luego, como si la tremenda sacudida hubiese apagado la fugaz llama que alumbró su juicio, torna a desvariar, deteniendo sus pasos.)*

DANIEL. ¡Ah!...

CANCIONERA. ¿Qué?

DANIEL. ¡Que la tierra tiemble!...
¿Cuándo fué cuando yo quise
sepurtarme y esconderme
tan dentro de sus entrañas
que ni los topos me viesen?
Pero ¿no tiembla la tierra?
¡Sí! ¡Tiembla ya! ¡Se estremese!
¡Son los crímenes que ocurta
los que sus simientos mueven!

(A la ENFERMERA.*)*

¡Vámonos, hermana mía!
¡Ya nuestra estreya se ensiende!

ENFERMERA. Vámonos, sí.

DANIEL. ¡Los dos juntos!

ENFERMERA. *(Como despidiéndose de* CANCIONERA *y de* ALIFONSO.*)*
¡Vamos donde Dios nos yeve!

DANIEL ¡Pronto, que aún hay en la huerta
muchas flores que cogerte!

(Se alejan de la mano. CANCIONERA *los sigue con los ojos.* ALIFONSO *murmura:)*

ALIFONSO. Ya entra en mí la confiansa
de que la rasón le vuerve...
Y a ese piyo que está ahí dentro
no le envidio yo la suerte.

(Contempla a CANCIONERA, *que. ensimismada y triste, exclama, mientras mira alejarse a* DANIEL:*)*

CANCIONERA. ¡Er corasón se me parte
y no sé cómo valerme!
Si yo fuí quien hiso er daño,
¡has, Señó, que lo remedie!

¡Hermano que eras mi vida
y la tuya juntamente,
no corras como quien huye;
vuerve la vista por verme!
¡Clava en mis ojos tus ojos
como antes de enloqueserte;
mírame como te miro;
mírame hasta conoserme;
que yo haré, si Dios me ayuda,
que de tu sueño despiertes,
y entre los dos partiremos
lo que de Dios estuviere!

(Vase por la izquierda, hacia el fondo, sin dejar de mirar melancólicamente al camino que sigue DANIEL. ALIFONSO, *entonces, dice así:)*

ALIFONSO. ¡Qué lejos que están ahora...
y estaban tan juntos siempre!...
¡Hágase pronto er milagro
que esta desgrasia requiere!
¡Vuerva la paz a estos lares,
vuerva la dicha a este arbergue,
vuerva la luz a este sielo,
vuerva el arma a estar alegre!

(Torna hacia la venta FLORITA *con su cántaro.)*

FLORITA. ¡Ay, entre un bruto y un piyo,
qué difísi es resorverse!
Tito, vámonos pa dentro,
que es tarde y hase relente.

(Entrase ella. MARICUELA *viene también por donde se marchó, con risueño enojo, y se retira por el arco de flores.)*

MARICUELA. ¿Habráze visto Pabliyo?
¡Es más vivo que un cohete!
¡Pos lo que es mañana, ayuna!
¡Una también ze entontece!...

ALIFONSO. *(Encaminándose a la venta.)*
¡Males que acarrea er tiempo
no hay sabio que los penetre!

(En esto sale MARIANO, *sin sombrero, dado a los demonios, y se detiene a hablarle.)*

MARIANO. ¡Valiente juerguesita!
¡Me he divertío!
¡Por la misma culata
me salió er tiro!

ALIFONSO. ¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre?
¿Cosas der vino?
MARIANO. ¡Cosas de las mujeres!
ALIFONSO. ¡Casi es lo mismo!
MARIANO. Aderfa ha visto ar loco
—¡miste qué sino!—
ha empesao con temblores
y escalofríos,
a rechiná los dientes
y a pegá brincos,
¡y está con un ataque
de lo más fino!
¡Tenemos pa dos horas
muecas y gritos!
Yo, por no contagiarme,
no quiero oírlos.
ALIFONSO. ¿Está ayí mi costiya?
MARIANO. ¿No ha de está? ¡Digo!
¡Desde er primé visaje
y er primer hipo!
¡Grasias a Dios y a eya
yo me he venío!
Y ahora entraba Florita
pa darle ausilio.
Ayí hablan de vinagre,
de sinapismos,
de aseite... ¡No soy hombre
pa esos aliños!
ALIFONSO. Pos ¿quié usté que le diga
lo que yo opino?
MARIANO. ¿Que yo tengo la curpa
der laberinto?
ALIFONSO. ¡Claro está!
MARIANO. ¡Sí está claro!
ALIFONSO. ¡Ni ar diablo mismo
se le ocurre la audasia
que usté ha tenío!
¿No hay sitio ande yevarla
más que a este sitio?
¿Quié usté darla a la otra
mayó martirio?
MARIANO. Hombre, no; ni tan malo,
ni tan poyino;
cuando yo vengo, vengo
ya de arvertío.
Cansionera a Seviya
se fué er domingo,

pa que ayí los abuelos
cuiden ar niño,
porque dise er pae cura
que en er cortijo
hay no sé si dos casos
de garrotiyo
—las crías der porquero
o er yegüeriso—,
y eya así aleja ar suyo
de ese peligro.
Y a ésta, que está soñando
con er capricho
de que yo aquí le jure
to mi cariño,
y en la *Venta der Sabio*
sená conmigo,
le dije: —Vaya, prenda,
toma er camino,
que esta noche vi a darte
gusto cumplío.
Pero libre de cacho,
mi buen amigo:
yo, al abrirme de capa,
conozco ar bicho.

ALIFONSO. ¿Sí, verdá? ¡Pos ahora
salió cogío!
¡No tuvo usté la vista
de un Lagartijo!
¿Quién le dió esos informes?

MARIANO. Pepe er Meyiso,
que antié le habló en er Huerto
de Capuchinos.

ALIFONSO. Pos dígale usté a Pepe
que ande más listo,
y que si ha de da informes
los dé más fijos.
Soledá fué a Seviya;
pero ya vino.

MARIANO. ¿Que vino? ¿Cuándo?

ALIFONSO. Anoche.
Y ahora mismito
estaba aquí en persona.

MARIANO. ¿Qué?

ALIFONSO. Aquí conmigo,
oyendo del hermano
los desvaríos.
¿Quié usté verla? Ayí sale
de entre los pinos,

con er triste semblante
palidesío.

MARIANO. *(Mirando hacia donde señala* ALIFONSO.*)*

¡Y es verdá! ¡Cansionera!
¡Se acabó er vino!
¡La suerte, que me sigue
por donde piso!
¡Qué bien le sienta er luto!
¡Qué señorío!
¿Y yo dejé a esa reina
por este pingo?
Le brindo a usté este toro,
Sabio: ¡esos sinco!

(Le estrecha la mano.)

Váyase usté a la venta
más que tranquilo.
Si la prójima luego
cobra er sentío,
dígale, pa carmarla,
que yo me he ido
por un médico ar pueblo,
despavorío.
Mientras, hablo con ésta:
poco y bonito.
Le aclaro el entresejo;
le apago er brío.
Luego vuervo a la venta
y a ésa le digo:
—Niña, basta de nervios;
vente ar cortijo.
Y ahí pasará la noche
con cuatro amigos
que están de fiesta y baile
con Pepe Pinto.

ALIFONSO. Pero ¿usté no repara?...

MARIANO. ¡Lo dicho, dicho!
¡Ya ajustaremos cuentas!
¡Cá uno a su avío!

ALIFONSO. ¡Er demonio anda suerto!
¡Que Dios bendito
lo detenga, y acaben
sus malefisios!

(Se marcha hacia la venta con calma. MARIANO *se oculta bajo el arco de zarzamoras y rosales y aguarda a* CANCIONERA.*)*

¡Como no la convensa
de que nasimos
pa querernos por siempre,
no vargo un pito!

(La tarde, que muere, tiñe suavemente el horizonte de rojo y de fuego. CANCIONERA *va a entrar por el arco para encaminarse a la ermita, y la detiene de súbito, estremeciéndola, la inesperada presencia de* MARIANO.)

CANCIONERA. ¿Eh? ¡Quién!
MARIANO. ¡Yo, paloma mía!
CANCIONERA. ¡Mariano! ¿Es posible?
MARIANO. ¡Ven!
CANCIONERA. ¿Qué es esto, Virgen María?
¿Estoy yo loca también?
MARIANO. ¡Oyeme!
CANCIONERA. ¡Mardita sea
tu lengua, farsa, engañosa!
¡Vete donde no te vea,
que tu sombra es venenosa!
¿No te basta la traisión,
ni to er daño que has causao?
¿Cómo tienes corasón
pa buscá sitio a mi lao?
¡Vete! ¡No te quiero vé!
¡Vete! ¡No quiero mirarte!
¡Vete, que no quiero sé
la que tenga que matarte!
MARIANO. ¡Ni merese tanta suerte
esta maliya persona!
¡Si tu mano me da muerte,
será que Dios me perdona!
CANCIONERA. ¿Qué dises de perdoná?
¡Dios es grande y justisiero,
y siempre le hase pagá
la traisión ar traisionero!
¡Y tú, que hoy libre caminas,
has de yorá de mis yantos,
de sangrá de mis espinas,
de morí de mis quebrantos!
MARIANO ¡Pos de tus quebrantos muera
como antes de tus amores!
¡Siendo tuyos, Cansionera,
a mí me paresen flores!
¡Tú tienes er gran podé
de cambiá lo malo en bueno!

CANCIONERA. No lo sé; pero si sé
que fló que yeva veneno,
sólo es peligro una vé.
Tú me engañaste con eya,
y no has de engañarme ahora;
porque aquéya... no es aquéya;
¡es ya una madre que yora!
Yo, que en otro tiempo fuí
de barro cuando te vía,
hoy me siento frente a ti
como una peña bravía.
Y contra la mala idea
de que esta vez no me engañas,
gritará que no te crea
el hijo de mis entrañas.
Lo dejaste en su cunita;
huiste de mis pesares;
¡dió yerba la vereíta!...
¡Esta mancha no se quita
con el agua de los mares!
Lavarla quiso mi hermano,
y por eso enloquesió;
porque no estaba en su mano
lo que la tuya robó.
¡Y acabo de verlo loco,
y en este mismo momento
yegas tú!... ¡La muerte es poco
pa ti, porque no es tormento!
¡Si él a su rasón vorviera
y pudiera verte aquí,
otra vez enloquesiera
temiendo otra vez por mí!

MARIANO. ¡Sigue, que quiero que sigas!
¡Con cuánto gusto padesco!
¡Por mucho que tú me digas,
más me he dicho y más meresco!
Y te quiero convesé
de que vengo arrepentío,
y de que á solas yoré
mirando lo que he perdío
por una mala mujé.

CANCIONERA. ¿Y ha tenío que pasá
to un año pa darte cuenta
de que me ibas a matá
con tu abandono y tu afrenta?
¡Tu sitio está en otro lao
desde er día en que me huíste!

¡Dios de mí te ha separao!
¡Vete conforme viniste!

MARIANO. ¡Eso, nunca! Ten presente
que es Dios er que aquí me trae;
Dios, que oye ar que se arrepiente
y ar que de rodiyas cae.

CANCIONERA. ¡Y que castiga ar que miente!

MARIANO. Y a mí ya me castigó,
y ya sufrí su castigo...
¿Dónde hay castigo mayó
que no tenerte conmigo?
Pero ahora quiere sarvarme,
y trocá la noche en día,
y de su mano dejarme
pa siempre en tu compañía.
Y si tú, por lo que fué,
no me atiendes y me voy,
de tu yanto no seré
ya er culpable desde hoy.

CANCIONERA. *(Resistiéndose.)*
¡Si no te puedo creé!
¡Si te escucho y me sublevo;
si ya, ni en cruz que te vea!...
¡Muérete; nase de nuevo,
y pué que entonses te crea!

MARIANO. Pero ven acá, criatura,
que te embeyese lo triste;
¿a qué nasé de otra hechura,
si así es como me quisiste?
Y sien veses que nasiera,
sien veses te buscaría;
y sien veses a tu vera,
sien veses que te diría:
¡perdóname, Cansionera!
¿O es que me quieres pagá
con rencores el engaño?
¡Ayúdame a remediá
toa esta angustia; to este daño!
¿Tu hermano no perseguía
que contigo me juntara?
¡Dises que enloquesería
de nuevo!... ¡Quisá cobrara
la rasón con la alegría!

CANCIONERA. ¡Caya!

MARIANO. ¿Por qué he de cayarme,
si tu dicha estoy buscando?
Si te niegas a escucharme,
contra ti vas trabajando.

CANCIONERA. ¡Caya!

MARIANO. ¡Recuerda, chiquiya,
el hijo que nos dió er sielo!

CANCIONERA. ¡Caya!

MARIANO. ¡Lo he visto en Seviya,
en los brasos del abuelo!

CANCIONERA. *(Con acento y expresión inefables.)*
¿Sí?

MARIANO. ¡Sí! ¡Paese que revives!...
¡Er me empujó!... ¿Qué más pruebas?...
Y es inúti que me esquives:
donde lo yeves, me yevas.
Su boca y sus ojos son
los der papá mardesío.

CANCIONERA. ¡Yo haré que su corasón
se paresca más ar mío!

MARIANO. Y yo me voy a alegrá:
¡esa bala no me hiere!
¡Así er niño me querrá
como la madre me quiere!
¿Verdá, gloria?

CANCIONERA. ¡Fué verdá!
¡Tu sombra es sombra hechisera;
tu boca, fló der baladre!

MARIANO. ¡Orvídate, Cansionera!...
¡Y yo le diré a mi madre
que eres la Virgen de Utrera!
No escondas más tu tesoro
y vuerve a darme esas rosas...
¡Manos que bordaban oro
de mantos de Dolorosas!

CANCIONERA. ¡Ay de mí!

MARIANO. ¡Ya ese lamento
me está disiendo que sí!...
¡Que no se lo yeve er viento,
que yo lo quiero pa mí!
(Receloso.)
Y apartémonos ahora;
que al arrimo de la venta
hay gente murmuraora
que lo que no ve, lo inventa.
Cuando duerman caseríos
y pastores y venteros,
y se cayen los ladríos
de los perros cortijeros,
y se apaguen los rumores
de los sielos y la tierra,
y no miren... ¡ni las flores,

porque la noche las sierra!...
aquí te vendré a jurá...

CANCIONERA. ¡Lo mismo que tantas veses!...
¡Que Dios no te yegue a dá
er castigo que mereses,
si me vienes a burlá!

MARIANO. ¡Desecha esa mala idea!
¡Er veneno se acabó!
¡Na te daré que no sea
mier de abeja y pan de fló!...

CANCIONERA. *(Como embelesada.)*
Pero ¿es que pueden vorvé
las aguas que ya pasaron;
luz de aquel amanesé;
palomas que se espantaron?...
¿Es que cabe la alegría
donde la noche cayó?
¡Virgen! ¿Es que todavía
puedo sé dichosa yo?
¿Aún dará flores er huerto?...

MARIANO. ¡A miyares!

CANCIONERA. ¡Tú lo dises!...
¿No era verdá? ¿No era sierto
que yo arranqué las raíses?
Toma mis manos... las rosas...
las rosas que me pedías...
Tendrás muchas más hermosas,
pero no serán las mías.

MARIANO. ¡Ni las quiero aunque las haya!

CANCIONERA. ¡Ay de mí!... Ya no te huyo...
¿Vuerve er barquito a la playa?...
Este suspiro no es tuyo:
¡déjalo que ar sielo vaya!

MARIANO. ¡Vaya ar sielo por los dos,
que por los dos hablará!
¿Vendrás luego?...

CANCIONERA. ¡Sabe Dios!...

MARIANO. Yo te aguardo.

CANCIONERA. ¡Dios dirá!...

(Se separan, mirándose. Cae el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO





CUADRO SEGUNDO

Alifonso toca su guitarra allá dentro. Las notas evocan, por azar, la predicción de la gitana. A sus melancólicos sones sucede un silencio brevísimo, y el telón vuelve a alzarse. Aparece entonces el mismo lugar, de noche. La luna cae sobre la cruz, a cuyo pie, como recostado o dormido en apariencia, hay un hombre muerto: es Mariano.

(Daniel *vaga cauteloso por la escena, rastreando en la oscuridad. Luego exclama, con aire sereno y cruel, con voz apagada y sombría:*

Daniel.

La tierra está sola,
pero er sielo, no...
¡Na más la luna desde er sielo ha visto
que lo maté yo!
Ni sangre en su cueyo,
ni sangre en mis manos...
¡Yo me escapé de aqueya estreya mía
y vine a matarlo!
¡Este es aquer loco
que sembraba males!
Y una voz dijo: «¡Búscalo en la sombra;
mátalo sin sangre!»
¡Ya pa siempre caya!
¡Como la tierra comerá su boca,
nunca más engaña!
Ojos de los hombres
no me han mirao esta justisia hasiendo.

¡Me valió la noche!
Mis pasos no suenan...
¡En la estreyita de donde he salío
me aguardará eya!
(Aléjase por el fondo, hacia la derecha, con paso receloso e incierto.)

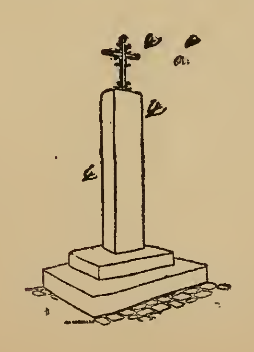
(Poco después sale CANCIONERA. *Trae mantón negro. Algo llama su atención al salir y sube hacia el fondo. Desde allí dice:)*

CANCIONERA. He visto una sombra
que iba como huyendo..
¡Será fantasma de la noche misma;
mentira der miedo!
¡O serán visiones
que de mi consiensia
huyen pa siempre, porque las asusta
el arba que yega!
¡Aquí estoy, cariño
del arma y la vía!
¡Cómo viniste tranquilo y seguro
de que yo vendría!
Pero ¿es que aguardándome
te ha rendío er sueño?
¡Despierta!... ¡Escucha!... ¿Cómo no me oyes?
(Llegándose a él.)
¡Despierta!... ¿Qué es esto?
(Tocando trémula las manos y el rostro de su amante.)
¡Jesús! ¡Dueño mío!
¿Así vengo a verte?
(Abrazándose a él con espanto y dolor.)
¡Mírame y habla!... ¿Ni hablas ni me miras?
¿Es esto la muerte?
(Después de adquirir la convicción tremenda.)
¡Muerto!... ¡Madre santa!
¿quién me lo ha quitao?...
(Llamando, angustiadísima, lejos de él.)
¡Valerme!... ¡Nadie!... ¡Que quiso está solo
conmigo a su lao!
(Volviendo a acariciarlo.)
¿Quién cayó tu boca,
tus ojos segó?
(Irguiéndose e interrogando con patético acento.)

¿Crimen der mundo? ¿Mano vengativa?
¿Castigo de Dios?
¡Fuere lo que fuere,
qué me importa ya!
¡Dios te perdone como yo te quise!
¡Mírame yorá!
(Con desvarío, en voz sorda, como confesándose a él.)
¡Sangre de mis venas,
fuente de mi arma,
ni tus engaños ni tus felonías
de mí te arrancaban!
¡Fuí tuya en nasiendo!
¡Viví pa sé tuya!
¡La de mi cuerpo vendrá a sé la sombra
de tu sepurtura!
(Estrechando al muerto más y más contra su corazón, y elevando luego a lo alto sus ojos, embellecidos por las lágrimas y la noche.)
¡Ya me mira er sielo:
ya me escucha Dios!
¡Que se me muera el hijo de tu sangre,
si te orvío yo!
(Queda como en éxtasis un momento.)

FIN DEL POEMA

El Escorial y Santander, octubre, 1924.




1923.

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

PUBLICADO POR LA

Sociedad General Española de Librería.

ORDEN DE LA PUBLICACION

TOMO I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino. Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

TOMO II. —COMEDIAS Y DRAMAS.

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

TOMO III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

TOMO IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

TOMO V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

TOMO VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

Tomo VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa. La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

Tomo X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

Tomo XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras. — Cuatro palabras. — Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

omo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

omo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo... — Fortunato. — Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá. El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de El.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia. Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la risueña.—

El amor bandolero.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Becqueriana.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro López.—La calumniada.

Tomo XXIV.—COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pesetas.—Vámonos.—Revoloteo.

Tomo XXVI.—COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.—SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX.—COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

Tomo XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras esté agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII.

EN PRENSA:

Tomo XVIII.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

IRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.-Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

UMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y 'erneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gu- ;érrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música el maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del aaestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y oaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, .daptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de ;evilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo ' Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo)
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO ..!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutié- rrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.

